

BOLETIN

DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA

LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA es completamente ajena a todo espíritu e interés de comunión religiosa, escuela filosófica o partido político; proclamando tan sólo el principio de la libertad e inviolabilidad de la ciencia y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del Profesor, único responsable de sus doctrinas.—(Art. 15 de los Estatutos.)

Domicilio de la *Institución*: Paseo del Obelisco, 14.

El BOLETÍN, órgano oficial de la *Institución*, es una Revista pedagógica y de cultura general, que aspira a reflejar el movimiento contemporáneo en la educación, la ciencia y el arte.—Suscripción anual; para el público, 10 pesetas; para los accionistas y los maestros, 5.—Extranjero y América, 20.—Número suelto, 1.—Se publica una vez al mes.

Pago, en libranzas de fácil cobro. Si la *Institución* gira a los suscritores, recarga una peseta al importe de la suscripción.—Véase siempre la *Correspondencia*.

AÑO LXIII.

MADRID, 30 DE ABRIL DE 1919.

NÚM. 709.

SUMARIO

PEDAGOGÍA

La segunda enseñanza y su reforma, pág. 97.—Las Universidades en el Canadá (*conclusión*), por D. Manuel García de la Cruz, pág. 105.—Revista de revistas: Francia: Revue pédagogique, por D. D. Barnés, pág. 114.

ENCICLOPEDIA

El maestro Dorado Montero, por D. Angol Ledesma, pág. 117.—Algunos caracteres primordiales de la literatura española, por D. R. Menéndez Pidal, pág. 118.

INSTITUCIÓN

IN MEMORIAM: Aniversario: D. Francisco Giner de los Ríos, pág. 126.—Libros recibidos, pág. 128.

PEDAGOGÍA

LA SEGUNDA ENSEÑANZA Y SU REFORMA (1)

La *Institución libre de Enseñanza* agradece el honor que esa Comisión le ha dispensado, al solicitar de ella que informe sobre la Reforma de nuestra segunda enseñanza.

«Ocioso es manifestar—se ha dicho ya en otras ocasiones—que la *Institución*, como tal, no profesa, ni en esta clase de problema, ni en ninguna otra, un dogma

concluso, rígido y articulado, con soluciones definitivas, a modo de recetas: sino un sentido general, capaz de recibir muy varias aplicaciones en cada tiempo, y que aspira sólo a mantenerse en comunión con las más autorizadas corrientes pedagógicas. Así es que deja a los autores siempre la responsabilidad de sus doctrinas.» Por tanto, los miembros de esta Corporación, que, según sus estatutos, «es completamente ajena a todo espíritu e interés de comunión religiosa, escuela filosófica, o partido político», es seguro que sobre el problema de la segunda enseñanza, como sobre tantos otros, mantienen puntos de vista distintos; modalidades que nada afectan a lo esencial de la obra común educadora que aquélla se propone, y en la cual todos ellos participan.

Por esto, conviene notar que las indicaciones que aquí se hagan no representan otra cosa que la expresión más acentuada del pensamiento de aquellos profesores de la *Institución* que individualmente han tenido ocasión de discurrir sobre el problema de la segunda enseñanza.

El BOLETÍN de la *Institución* ha publicado, en efecto, desde muy antiguo y durante los cuarenta y dos años que lleva de vida, algunos estudios acerca del concepto y organización de la segunda enseñanza, de la situación de la misma en España y de las reformas que ésta necesita. En tales escritos y en otros varios, dados a luz en diferentes publicaciones, consta razonadamente lo que desde sus respectivos puntos de vista han expuesto algunos miembros

(1) Informe presentado a la Comisión del Consejo de Instrucción pública por la *Institución libre de Enseñanza*.

de dicha Corporación acerca del referido problema. Mas, en el deseo de corresponder cumplidamente a la invitación recibida, e insistiendo en las salvedades expuestas, se hará aquí un breve resumen de las ideas más salientes, tiempo hace publicadas por la Institución, acerca de esta cuestión y de las tendencias que en la actualidad podrían significar la orientación más acentuada de la misma en este asunto.

Es evidente que toda organización, régimen y reforma de la segunda enseñanza se hallan en absoluto condicionados por el concepto que de la naturaleza de aquélla se tenga. De aquí que ésta haya sido, desde el primer momento, en la Institución, el problema capital y el que más ha interesado acometer para abordar luego, según él, los restantes.

Ya en el prospecto para el curso de 1881-1882 afirmaba su propósito, dos años antes formulado en sus Juntas, de «fundir, hasta donde fuese posible, la primera enseñanza y la segunda bajo la idea capital de que la una no es más que continuación y desarrollo de la otra; y de que las dos juntas deben formar, en consecuencia, un grado único y continuo de educación—el de la educación general—, del cual son ambos momentos tan sólo diferentes en la amplitud que recibe en cada cual de ellos esa obra, una misma en los dos casos, como unos mismos son también los objetos de estudio y los procedimientos educadores.»

Este principio, que la experiencia no ha hecho sino confirmar, fué expuesto con las debidas fundamentaciones y aclaraciones en la Memoria presentada, en nombre de la Institución, al Congreso pedagógico de 1892, por el profesor D. José de Caso, con el título: *Relación de la segunda enseñanza con la primaria. ¿Son ambos períodos de un mismo grado de cultura?*

Años más tarde, en 1897, aparece en el tomo XXI del BOLETÍN de la Institución el trabajo de D. Francisco Giner, *Grados naturales de la educación*. En él estudia los dos momentos que se distinguen en la educación, como se distinguen en la vida: «uno general, en que el hombre ejercita

más o menos concertadamente todas sus facultades capitales; otro especial, en que, según la tendencia peculiar que en cada individuo predomina, coopera a alguna de las diversas obras que constituyen el sistema de los fines humanos. Ambos fines de la actividad son, por igual, indispensables. Si este último corresponde a su vocación y hace de él un órgano útil en la división del trabajo social..., a su vez la educación general, que mal o bien se nos impone, le hace interesarse en todos los restantes órdenes, fines, obras, extraños a su profesión; mantiene su espíritu abierto a una comunión universal y le impide desentenderse de ella y atrofiarse, cerrándose en la rutina de su oficio, aunque éste sea el del sacerdote o del filósofo... Considerada en el límite de la educación propiamente escolar, la primera de estas dos funciones abraza, sin solución alguna entre ellos, los varios institutos consagrados a preparar al hombre para vivir como tal, en sus relaciones todas; la segunda, los que procuran ponerlo en aptitud de desempeñar en la sociedad el ministerio a que se destina, sea elevado o humilde... la escuela general y la escuela especial; no hay lugar, al parecer, para otra tercera escuela.

»Ciñéndonos a la primera, también parece evidente que la educación y enseñanza primaria y la secundaria corresponden a un mismo proceso, del que, a lo sumo, constituyen dos grados, difíciles de distinguir, enlazados continua y solidariamente, merced a la identidad de su fin común, inspirados de un mismo sentido y dirigidos según unos mismos programas, una misma organización y unos mismos métodos, sin otras diferencias que las que en el desarrollo de estos elementos exige, no una dualidad arbitraria, sino la evolución natural del educando y sus facultades, cuya continuidad va cada vez pidiendo nuevas condiciones en aquella aplicación.»

Se ve, pues, la persistencia con que el concepto de la continuidad de los principios y procedimientos pedagógicos de la primera enseñanza en la segunda es nota primordial, en la opinión de este Centro,

sobre la organización de este grado de estudios.

Ahora bien; ¿qué otros problemas surgen al lado de éste y cuyo estudio ponga de manifiesto nuevas necesidades de reforma?

Dice otro artículo del mismo profesor, publicado en el tomo XXVI del BOLETÍN, ocupándose de los *Problemas urgentes de nuestra educación nacional*. «Después de la formación general del hombre, o más bien a la par con ella, se desenvuelve su preparación especial para el determinado oficio, mínimo o máximo, que le corresponde en la división de las funciones sociales... Destinadas la educación primaria y secundaria a dirigir la formación general del hombre, como hombre, no en su especialidad profesional, como abogado, como industrial, como científico, labrador, maestro, médico, etc., la historia ha enlazado aquélla, sin embargo, con las antiguas clases latinas del *trivium* y el *quadrivium* y la Facultad de Artes, apartándola de la primaria y estrechando más cada vez su conexión directa con la Universidad, sea como su grado inferior y más elemental (v. gr., en nuestro antiguo bachillerato en Filosofía, de 1845), sea, a lo menos, como preparación para ellas; y de aquí vinculándola en las clases medias, que han venido siendo casi las únicas universitarias. No sólo en el discreto libro de Ma-neuvrier, sino en todas partes, se la denomina «educación de la burguesía». Pero el desarrollo inevitable del proceso primario, que parece llamado a absorber y rehacer, según su propio tipo, todos los órdenes de la educación general, ha venido a poner sus grados superiores en contacto más o menos parcial e irregular con el denominado secundario; naciendo de aquí ciertas formas intermedias, mal definidas, incoherentes, como la llamada *High School* y la *Middleclass school*, la *Mittelschule* y la *Bürgerschule*, l'*Enseignement primaire supérieur*, etc., como a su vez nacieron en la enseñanza secundaria otros tipos distintos del clásico y más afines a los de la primaria, la *Realschule*, el *Instituto técnico italiano*, l'*Enseignement moderne*

francés, y otros semejantes. No puede decirse, en rigor, que ninguno de ellos posea hoy una característica diferencial propia; antes la misma vaguedad de sus contornos contribuye a borrar más y más los límites entre la escuela primaria y la secundaria, que tiempos atrás parecían tan precisos... Unas y otras instituciones parece que oscilan desorientadas, buscando su función peculiar y su legitimidad en estas dos direcciones: ya en la aplicación más o menos profesional, especialista, industrial, técnica, ya afirmándose como otros tantos grados superiores de la educación general humana, que antes se cerraba en la escuela primaria, para el pueblo, y en la secundaria (clásica) para una «minoría selecta», o sea la burguesía gobernante... Pero entre nosotros, donde la pobreza de la cultura no ha exigido esa diferenciación en tipos múltiples, parece difícil vacilar en la solución. El enlace de la segunda enseñanza con la primaria, como un grado superior de evolución de un mismo proceso, perfectamente continuo, manteniendo la unidad de programa enciclopédico, de organización pedagógica, de métodos educativos, realistas, contra el psitacista memorismo; de utilidad social, al par que de orientación ideal humanista, elevaría la condición de ambas, sin duda, pero sobre todo la de aquella cuya ineficacia es hoy notoria, merced a su estructura. Pues ésta la lleva, casi diría la arrastra irremisiblemente, punto menos que a abandonar la educación integral de sus alumnos (¡y a qué edad!) y a aplicar los procedimientos, buenos o malos, pero usuales en la Universidad, a niños que ningún país civilizado deja salir de la escuela primaria en el grado de formación y cultura con que aquí entran en los Institutos.»

De este grave conflicto entre la necesidad de continuar, sobre todo en nuestro país, el período de la educación general durante el mayor tiempo posible, y de la necesidad también de no retrasar indefinidamente una preparación para especializar conforme al sentido de la vocación particular del alumno, ha nacido el sistema de la bifurcación de los estudios en el plan de

la segunda enseñanza, cuya bifurcación ha de hacerse según principios que no supriman en cada rama todos los contactos con la opuesta, sino que, por el contrario, mantengan en cada especialización ciertos trabajos y estudios destinados a fomentar y sostener vivo el interés por las materias y problemas de una cultura integral.

De estas consideraciones sobre la naturaleza y la crisis actual de la segunda enseñanza, se desprenden todas las exigencias que pueden formularse acerca de su organización en general; el valor de cada uno de sus factores, y de las tendencias con que deben acometerse las reformas.

Resulta que la segunda enseñanza, atendiendo a su origen histórico, que ha de buscarse, ya en la antigua Facultad de Artes, que preparaba para las Facultades mayores; ya en los Estudios y Colegios de humanidades, que, con carácter superior, y frente a la Universidad escolástica, surgieron en el Renacimiento, aparece al abrirse la época moderna, con estas tres notas: *a)* se acerca mucho más en su estructura al tipo universitario que al primario; *b)* constituye el factor principal de la educación burguesa; *c)* suscítase durante ese período de enseñanza, por ser el que corresponde a la adolescencia, la necesidad de una preparación especial para ejercer las respectivas profesiones de la vida. Desentrañar y resolver las dificultades que llevan dentro cada una de estas tres notas constituye, en realidad, el problema total de la segunda enseñanza.

Por lo que hace a la primera nota, si en todas partes ha ido perdiendo más o menos la segunda enseñanza el carácter universitario a que debe su origen, en España, como ya se indicó, lo conserva todavía, en cuanto a la concepción dominante, a la labor de su profesorado, al régimen de las clases y a la vida de los alumnos.

Sólo en países de nueva formación, como los Estados Unidos de la América del Norte, más libres que los otros del peso de las tradiciones, tomó la segunda enseñanza, al organizarse, y ha conservado siempre, su verdadero carácter de escuela superior (*High School*), prolongación na-

tural, sin diferencias sustanciales en cuanto a programa y a métodos de la escuela primaria, por ser el que más responde a su naturaleza.

Hacia este segundo tipo se va orientando hoy todas partes la segunda enseñanza, y hacia éste debería orientarse también en España, ya que en esto, como en todo, y en la época actual como en las anteriores, es inútil que los pueblos más o menos atrasados se pongan a inventar lo que ya está descubierto. No es sólo que sea conveniente, es que no se puede por menos, si se quiere vivir, de tomar las cosas donde ya dan fruto; sin duda que para mejorarlas a fuerza de trabajo, si fuese posible, pero empezando por utilizar lo que otros han hecho.

En este respecto, lo primero que se necesita es acabar con los restos universitarios que tiene nuestra segunda enseñanza, y convertirla en absoluto al tipo de escuela primaria. Cuando se habla de universitario, se quiere decir, *mal universitario*, anticuado ya y desacreditado en el mundo. A saber: programa de asignaturas sueltas, estudiadas solamente durante uno, o a lo más dos años; lecciones y explicaciones en forma de conferencia o discurso durante una hora y aprendizaje de memoria en libros de texto; poco tiempo de comunicación del profesor con los alumnos, y casi ninguna relación con ellos fuera de clase; falta de larga permanencia de los mismos en el local; de recursos educadores, fuera del trabajo en los libros y de las lecciones de clase; y de locales a propósito para realizar toda esta obra.

Como se ve, cambiar el carácter actual universitario decadente de nuestra segunda enseñanza en el de escuela primaria, lleva consigo su transformación completa. Y al decir escuela primaria, se entiende, claro está, no nuestra actual escuela primaria, que apenas existe, sino la concepción esencialmente educadora que ha ido siempre unida a ese grado de la enseñanza; concepción que se ha hecho efectiva para tal grado antes que para otros en todos los países más adelantados; y que desde la escuela se ha extendido en aqué-

llos a la segunda enseñanza y a la Universidad misma, donde hoy, por lo que se refiere al régimen interno y externo, no se aspira en el fondo a otra cosa que a aplicar, en consonancia, claro está, con la respectiva edad y formación de los alumnos, aquellos principios educadores que siempre se han considerado esenciales de la escuela primaria.

Por consiguiente, para reformar nuestra segunda enseñanza, se necesitaría cambiar su actual régimen, meramente instructivo, por otro que abrace todas las esferas de la educación. Régimen que no se limita a la asistencia del alumno a clase, sino que exige su permanencia en el local durante todo el día, haciendo vida escolar de trabajo, de juego, de excursión, de comida, si fuera preciso, con sus compañeros y profesores, y ofreciendo así ocasiones para que se produzca, no la mera instrucción y enseñanza, sino la plena educación intelectual, y con ella la del sentimiento y la del carácter; aquella que abraza desde el pensar y discurrir hasta la limpieza corporal y el refinamiento de las maneras; la armoniosa salud, en suma, del cuerpo y del espíritu, para lo cual, ya es bien sabido que no hay factores tan eficaces como los que proporciona la continuidad de comunión con el medio más sano posible en todos los momentos de la actividad, desde el trabajo más severo hasta la función al parecer más nimia y subalterna.

He aquí, por tanto, en pocas palabras los cambios más importantes que dicho régimen traería consigo.

Al *programa* (de cuyo contenido se hablará luego) habría de dársele una ordenación concéntrica de los asuntos, en la que todos se tratarían, con más o menos intensidad, durante varios cursos, acabando para siempre con los restos, aun tan numerosos, de asignaturas por años. — En la labor de clase habría de presidir la excitación al pensar, mediante el coloquio, y de aquí, al trabajo personal, mediante la lectura y la redacción en las horas de estudio. — Para lograr esto, las clases no deberían exceder de 30 a 35 alumnos. Estos

permanecerían en el Instituto, no sólo para sus clases, sino para el trabajo personal y estudio de sus lecciones, así como para el juego y demás diversiones. Los profesores, que no podrían limitarse a las pocas horas que hoy tienen de clase, dirigirían personalmente — jamás por medio de inspectores o ayudantes, de personal subalterno, en suma —, sistema este antieducador por excelencia — toda la educación de los alumnos, desde las clases hasta las excursiones, paseos, comidas, juegos, etc. — Los edificios amplios, modestos, higiénicos lo más contrario a los viejos — existentes, y a los modernos que, desgraciadamente, suelen construirse, habrían de estar provistos de todo lo necesario, que huelga puntualizar en este sitio, aunque sí conviene advertir que para el nuevo régimen son tan necesarios, por lo menos, como las clases, los jardines, los talleres de trabajo manual, y, sobre todo, los campos de juego.

La segunda nota, o sea la de educación de la burguesía, que distingue hoy a la segunda enseñanza, debe desaparecer radicalmente. Conviene apresurarse a satisfacer las justas aspiraciones que el proletariado consciente comienza a manifestar en todas partes. Lo que significa que hay que abrir la segunda enseñanza a todo el mundo gratuitamente, como se ha hecho con la primaria desde hace ya un siglo. Y para aquellos a quienes la necesidad del trabajo diurno no les consienta disfrutar de ella, hay que organizarla a horas extraordinarias y convenientes, para cumplir la obligación que el Estado tiene de ofrecer a todos los ciudadanos las mismas facilidades de éxito y de bienestar en la vida.

La tercera nota, o sea la de servir de preparación para las profesiones, es la que principalmente ha dado lugar, en los últimos 30 años, a la llamada crisis de la segunda enseñanza. Ella es la que origina el problema del bachillerato único o de los varios bachilleratos, sobre el que tanto no sólo se ha discutido, sino ensayado en todos los países. En todos menos en España. Y esto, por dos razones. La primera,

porque discusiones y ensayos han versado principalmente, podría decirse que casi únicamente, sobre el valor y la importancia del latín y del griego en la cultura general o secundaria, y en España, por desgracia, desde hace mucho tiempo, el griego desapareció de la segunda enseñanza, y el latín se halla en ella tan vergonzante y miserablemente como si no existiera. El problema, pues, no podía repercutir, salvo de un modo teórico y sólo en la mente de algún aficionado, allí donde no había materia para ello.

La segunda razón íntimamente relacionada con la anterior, consiste en los pocos años que dura nuestra segunda enseñanza, comparada con la de todos los demás países, y en la prematura edad, por tanto, en que nuestros jóvenes obtienen—si esto es obtener—su bachillerato. No hay tiempo para estudiar seriamente latín ni griego en esa edad ni en tan cortos años. En ello somos una deplorable excepción en el mundo, y en ello consiste uno de los mayores vicios de nuestra segunda enseñanza, vicio que afecta perversamente a toda la labor de nuestras Universidades, ya que los alumnos llegan a ellas, por lo general, a los 16, cuando no a los 15 años, sin contenido de cultura, ni formación de espíritu, mientras que en los demás países no suelen obtener el bachillerato, ni, por tanto, llegar a la Universidad, hasta los 18, cuando menos, o 19 años.

Urge reformar esto de un modo absoluto. Y en ese caso, cabría plantear, como en otros países, la cuestión de los bachilleratos; y convendría resolverla siguiendo lo que claramente constituye la orientación general de los demás pueblos. A saber, constituyendo un primer período común, el más largo, para todos los alumnos; formado, en cuanto al programa, por aquellos asuntos que en la actualidad son considerados más generalmente como constituyendo el bagaje necesario a un hombre culto; y otro segundo período, más corto que el anterior, donde, sin abandonar por completo los demás asuntos, se inicia un predominio especial de aquellos que libremente el alumno quiera

cultivar en armonía con su interés, vocación y aptitudes. Debe fomentarse en muy amplia escala este sistema *optativo*, ofreciendo para ello gran número de asuntos y gran libertad, y cada vez mayor ésta, según la edad y grado de formación de los alumnos, en cuanto a las combinaciones de estudios que pueden elegirse.

Conviene no olvidar que, si bien es verdad que en todo el primer período de la educación humana—que, según viene diciéndose, abraza ambos grados, el primario y el secundario—*predomina*, sin duda, el carácter general antes y sobre toda distinción de aptitudes especiales y profesiones determinadas, no surgen éstas, sin embargo, como por encanto, o mecánicamente, al terminarse dicho período, como si la legislación de la enseñanza pública así lo tuviera ordenado y previsto; antes bien, la aptitud particular y la orientación profesional tienen también su asiento y se hallan desde el principio—cierto que casi siempre en estado latente y caótico—en lo más íntimo de la naturaleza humana; y fin esencial de la educación es procurar descubrirlas cuanto antes, para cultivar, en medio y al par que lo humano, el especialista que hay siempre en el hombre.

Y como los intereses reveladores de las aptitudes particulares no suelen mostrarse de mejor modo ni tan claramente que al choque de aquellas realidades que con ellos guardan consonancia, de aquí surgiría, llevado el principio con rigor, la tendencia, no ya sólo a extender el horizonte de los programas de la segunda enseñanza a todas las ramas de la cultura *intelectual*—que esto hace tiempo que se viene realizando, para ampliar más seguramente el círculo de las garantías o motivos evocadores de las aptitudes—, sino a introducir también en aquel horizonte una serie de labores manuales, cuanto más varias mejor, rudimentos de oficios, que formen como el abecedario de la industria en sus diversas ramas, y al contacto de los cuales, aparte de la adquisición y desarrollo de la destreza del espíritu a través de la mano—lo que a todo hombre es necesario—, habría de servir para despertar las aptitudes orien-

tadas hacia semejante esfera, y a rehabilitar a la misma en cierto modo, de conformidad con los tiempos que se anuncian, del injusto menosprecio con que el viejo intelectualismo suele considerarla.

Fiel a su carácter burgués, la segunda enseñanza ha conducido, hasta ahora, a direcciones literarias, científicas y técnicas, pero no a direcciones manuales. Si, como parece, está llamada a perder en el porvenir aquel carácter, tal vez deba pensarse que no ya sólo en la escuela primaria, sino también en la secundaria, desde el primer momento, y juntamente con la cultura de la inteligencia, del sentir y del carácter, cabe poner los medios para despertar la aptitud y procurar el desarrollo de la actividad creadora, mediante la destreza de la mano.

En punto a exámenes, establecido el régimen de que se viene hablando, huelgan todos, en la forma usual en que ahora se verifican, lo mismo los de asignaturas, que entonces serían de cursos, que los finales o de bachillerato. Los profesores en cada clase, y el claustro en conjunto, decidirían de las aprobaciones sin más ejercicios que los resultados del trabajo diario y el conocimiento personal de la formación del alumno. Para los libres, quedaría tan sólo el examen final del bachillerato, con ejercicios muy varios y muy razonados, escritos sobre todo, orales y prácticos, y encaminados principalmente a concluir con la repetición de textos y el puro memorismo.

Para conducir a la práctica toda esta reforma, la primera y más ineludible exigencia es la preparación del profesorado que ha de llevarla a cabo. Sin contar con el personal capacitado, nada debe emprenderse, pues en toda obra viva, sin el órgano que ha de realizarla, resultará aquélla inútil o contraproducente. Este es, por tanto, el factor esencial de la reforma; y su preparación — conviene repetirlo — el primer problema que debe acometerse. No hay país que no haya concedido a esta cuestión desde antiguo la más alta importancia, y son varios los sistemas que se han ensayado para alcanzar aquel propó-

sito: ya Escuelas Normales superiores, ya Seminarios pedagógicos, ya cursos y escuelas prácticas en las Universidades. «En España — ha dicho el Sr. Giner — tal vez sería una solución acertada, en las condiciones de nuestra enseñanza, la constitución en el doctorado de las Facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias de una verdadera Escuela Normal para el profesorado secundario, a semejanza de la de París, o de la que, inspirada en ésta, se organizó en 1847 entre nosotros, para ser suprimida pocos años después; por más que, en rigor, formando una serie continua la primera y la segunda enseñanza, bastaría reorganizar, ampliar y elevar las Escuelas Normales que hoy poseemos, y que, por su viciosa y deficiente constitución, son ineficaces para el mismo profesorado primario, cuya obra es más elemental.»

En todas partes se acentúa la corriente de incluir en el organismo universitario la preparación del profesorado de segunda enseñanza, y se considera igualmente que dicha preparación ha de ser toda ella profesional y práctica; sobre la supuesta base de contenido de cultura y de formación teórica es de necesidad que no falte en dicha preparación, y a diario, ninguno de los tres factores esenciales de toda actividad artística y de toda Escuela Normal en este caso: el hacer, o sea aquí *el enseñar*; *el ver enseñar*; y *el juicio crítico acerca de la enseñanza hecha*. Dicho se está que tal seminario o escuela pedagógica no ha de acometerse tampoco como, por desgracia, se acostumbra, abstracta y teóricamente, sino sólo en la medida en que se cuente con personas capaces de cumplir lo que dicha función exige. Y si no hubiera más de una o dos, de una o dos, y no de más, debería constar la escuela. Para empezar, nada habría de mayor conveniencia que encomendar a algunas de reconocida autoridad la elección de aquellos profesores que hubieran de ir al Extranjero a prepararse formalmente durante largo tiempo en los mejores seminarios pedagógicos y escuelas secundarias, y sólo después en la medida del personal así preparado, y no de una vez en todo el país, ni tampoco

mezclando el sistema y el personal antiguo con el nuevo en un mismo Instituto, sino Centro por Centro y paulatinamente, habría de establecerse la reforma.

El *internado*, de cualquier género que sea, es siempre un mal, porque es malo siempre, salvo en casos anormales, sustraer en absoluto al niño de la vida de familia. Pero a él hay que acudir, sin embargo, cuando la familia no se encuentra en la misma localidad de la escuela. En tal caso, por consiguiente, la fórmula para el régimen del internado es clara y precisa. Será éste tanto más perfecto cuanto más se acerque a la vida de familia. Ningún modelo mejor puede adoptarse que las casas tutoriales de las grandes escuelas públicas inglesas. Casas dirigidas por familias de los mismos profesores, con sus propios hijos, y siempre con reducido número de niños internos. Pero esta función no es menos delicada que la de dar clase, y, en cambio, es mucho más difícil el encontrar quien pueda desempeñar ésta educadoramente, que la de la enseñanza.

El *preparatorio* de las Facultades guarda en España estrecha relación con la segunda enseñanza, y tal vez debiera comenzarse por aquél la reforma de ésta. Se ha dicho, y todo el mundo está convencido de ello, que los alumnos llegan a la Universidad sin la preparación suficiente para el trabajo que allí debería hacerse, tanto en contenido de cultura como en formación de espíritu, y, sobre todo, en manejo de las disciplinas instrumentales, por ejemplo, lenguas antiguas y modernas; y se ha repetido igualmente que aquéllos comienzan la enseñanza universitaria a una edad prematura. Estos dos factores originan, si no de un modo exclusivo, muy principalmente, casi todos los conflictos internos y externos, o sea de eficiencia instructiva y de orden y disciplina, que en la Universidad, con harta frecuencia, se producen. Nada más absurdo en este respecto, o sea más antipedagógico y desmoralizador, que lanzar a la Universidad todos los años una tal enorme masa innominada y amorfa de muchachos en la edad más crítica de la adolescencia, en el instante en que casi todas

las actividades espirituales ceden paso transitoriamente a la animalidad, en el momento supremo de la instintiva rebeldía, y lanzarla, en un régimen como el nuestro, sin la menor guía, ya que no fuerte amparo y tutela.

Es urgente remediar esta situación, acometiendo la reforma del año preparatorio. Bastaría para ello trasformarlo por ahora en dos años, separarlo en absoluto de los locales universitarios y aplicarle enteramente el régimen de que se ha hablado para la segunda enseñanza. Programa, no de tres o cuatro asignaturas, sino de todas aquellas, de contenido o instrumentales, que conduzcan a preparar al alumno para la disciplina por él elegida; pero, además, con otros asuntos optativos que contrapesen la especialización profesional y no hagan perder de vista la cultura y formación humanas. Clases muy poco numerosas, muchos profesores y larga permanencia de ellos con los alumnos. Gran desarrollo de los juegos corporales al aire libre, de las excursiones y de las sociedades de estudiantes. Locales muy amplios, lejos del centro, en pleno campo, y que ofrezcan facilidades para todo este régimen.

Así se conseguiría aumentar de hecho dos años a nuestra segunda enseñanza, acercándonos a la de otros países; años que podrían ser, por ahora, los de carácter especial o preparatorio, conservando en los Institutos los mismos seis actuales cursos, mientras se crean las condiciones necesarias para proceder, con gran tacto siempre y sólo en la medida del personal disponible, a su reforma.

De los dos grandes problemas de la administración pedagógica en un pueblo, el de proveer a la más amplia y sólida cultura general humana de sus habitantes, y el de mantener viva la fuente de la ciencia, procurando la formación de especialistas e investigadores, parece que en España no se ha enfocado todavía el primero en la medida siquiera que se ha hecho ya con el último. Y no hay duda de que urge acometerlo en la mayor intensidad posible, acudiendo con todas las energías nacionales a la más rápida trasformación de la prime-

ra y la segunda enseñanza. Pues si al cabo España, a pesar de la miseria en que viven sus Universidades y Centros superiores, produce científicos y aporta de vez en cuando al acerbo común valiosos productos originales de su labor intelectual y artística, ya que la verdadera individualidad, donde quiera y como quiera que sea, logra siempre salvarse, es lo cierto, por el contrario, que lo que más le falta a nuestro pueblo, en contraste con los que hoy van a la cabeza del mundo, es aquel alto, uniforme y general nivel de cultura humana suministrado por una sólida y prolongada segunda enseñanza, característico de la civilización moderna y condición indispensable para el ulterior progreso de la ciencia, del arte, de la moral, de la justicia, de la riqueza, de la paz y del sano y obligado goce de la vida.

Y habrá de terminarse todavía con una indicación relativa al modo de proceder, y que es como la clave y la garantía de éxito de toda obra. Abraza dos puntos. El primero consiste en la necesidad de resolver aquellas dificultades y conflictos que pudieran todavía surgir, afectando al sagrado de la conciencia, no con la simple tolerancia que en esta esfera disminuye siempre la plena dignidad de la persona, sino con el reconocimiento del perfecto derecho y con la más absoluta justicia e igualdad de ciudadanía, único camino para lograr la pacificación de los espíritus. El segundo toca a la necesidad igualmente de sustraer toda la reforma, no sólo al continuo cambio, al tejer y destejer de la vida política, sino a las pasiones que lleva consigo, encomendando aquélla, con carácter de continuidad, al grupo de personas, siempre reducido, que, sin distinción de partidos y opiniones políticas, hayan dado señal de su competencia en estos problemas, de su interés hacia ellos, y, lo que importa más todavía, de la constante rectitud en sus resoluciones.

Estas consideraciones, si no encierran los ideales extremos que algunos miembros de la Institución Libre llegarían tal vez a formular acerca de la segunda enseñanza, representan al menos aquellas medidas in-

mediatas que, a juicio de dicha Corporación, tiene el país ya hoy derecho a exigir de sus gobernantes en esta esfera.

LAS UNIVERSIDADES EN EL CANADÁ (1)
por D. Manuel García de la Cruz,
Cónsul español en Montreal (Canadá).

(Conclusión.)

Becarios.—Existe una verdadera liberalidad en las *High Schools* para que estudien los hijos de los padres que son empleados, con objeto de que no vayan sus hijos a oficio, por no tener con que pagarles algo para educarse. Ahora bien, en los estudios de Facultad (exceptuando Teología), no es lo mismo; hay mucha más parsimonia. En cuanto a los que han de ir al Extranjero, han de encontrarse muy preparados para apreciar las enseñanzas que desean: no van tanto a aprender como a especializarse o a profundizar en los estudios a que se dedican.

Una de las becas más estimadas es la de *Cecil Rhodes*, que toda su vida fué un apasionado imperialista británico, y cuyo premio de 300 libras, igual a 1.500 pesos, es para que el becario pueda pasar tres años en Oxford.

El becario debe ser británico de nacimiento y soltero, mayor de 19 años y menor de 25. La característica de la Universidad de Oxford (como en general de las inglesas) es el *tuición*, o sea el modo de lograr que el alumno reobre sobre lo enseñado y dé a luz su propio íntimo pensamiento; dicha gimnasia mental es la que produce que lo estudiado sea carne de su carne y que salga a la vida con pequeño o gran número de conocimientos, pero muy sólidos. Todos los alumnos de la Universidad Laval, que tienen el título de bachiller, entran en la categoría de *junior standing*, es decir, que son dispensados del estudio de latín (porque lo llevan estudiado), debiendo estudiar el griego: se les cuenta un año de residencia al matricularse (por

(1) Véase el número anterior del BOLETÍN.

llevar hechos los estudios que abraza), pudiendo obtener su grado de bachiller en Artes después de dos años de estudios. Debe decirse que el 90 por 100 de los estudiantes de las colonias que van a Oxford son *junior standing*, porque los estudios de bachillerato en Letras son casi los mismos en las colonias británicas.

Los programas de exámenes en las Facultades, aun contando con que la materia determinada varíe en cada año a gusto del profesor, se consultan en las Facultades, con objeto de marchar análogamente las dos Universidades.

Los programas de segunda enseñanza, o propiamente del *College*, se hacen de acuerdo con los profesores de los Colegios agregados y afiliados, de tal manera que pueda reunirse la experiencia de los diversos maestros y llegar a un terreno común sobre lo que debe enseñarse que interese más al alumno o que le convenga saber, quitando todo asunto de dudosa naturaleza o de pura interpretación, dejándolo a su propia investigación, o a conferencias o lecciones especiales dentro de la misma asignatura.

La Universidad Laval es *única* en toda América, porque es la sola Universidad francesa en dicho Continente. Es verdad que tiene adquirida carta de ciudadanía entre las demás Universidades católicas del mundo, pero en América está solamente apoyada por los canadienses franceses, constituyendo su verdadera *alma mater* unida a la religión, la verdadera y pura fuente de todas sus energías.

Algunas familias de Sud-América que envían sus hijos a estudiar a Canadá, creyendo muchos de ellos que los estudios son como en Inglaterra, los envían a los Colegios de jesuitas para la segunda enseñanza, y cuando pasan a la Universidad, invariablemente lo hacen a las Universidades inglesas, creyendo, y hasta cierto punto con razón, que un título universitario en una Universidad británica les abre un horizonte en cada colonia británica, que, unidas a la Gran Bretaña, forman el Imperio mayor que el mundo ha conocido.

Dicha Universidad de Laval extiende los

estudios franceses en Norte América en una forma que no hay ninguna otra mejor, como es la de enseñar a la juventud y recordarla en todo momento las glorias y desgracias de sus antepasados. Constituye, además, el verdadero hilo medular de las relaciones con Francia. No hay relación comercial ni financiera que se pueda comparar, por íntimas que sean, con la de hacer los estudios, en cuanto es posible, inspirados en el mismo ideal.

Y debe notarse, en cuanto es posible, porque los canadienses franceses, profundamente católicos, no miran la revolución francesa como la consideran y la viven en Francia; todo lo contrario: el juicio que de ella tienen es el mismo que puedan tener en el Vaticano, y aun del de la misma Inglaterra en los tiempos que era su enemiga. De ahí que las relaciones con Francia, más que con los Gobiernos, han sido con las Universidades e instituciones católicas francesas. Ahora mismo, las relaciones que buscan son con las últimas instituciones, sin pretender anudarlas con los defensores *a outrance* de la revolución francesa. Precisamente esta manera de considerarla, es la que les hace aparecer como reaccionarios ante los demás latinos de Sud-América, que están enamoradísimos de la Francia, a partir de la revolución, y la han constituido como norma de sus acciones. Todavía en la última revolución mejicana se oía hablar de las inspiraciones en la francesa.

Ya no hay duda que es el gran clero francés el que ha conservado, y más tarde ha hecho florecer, el Canadá francés; ellos han sido los organizadores de las fuerzas sociales en esta colonia, ellos los que la han guiado en tiempos en que no podían volver sus ojos a Francia, que los abandonó. Ahora ya la lucha por la vida les es relativamente fácil, porque ya, ocurra lo que quiera, la permanencia de la colonia canadiense francesa está asegurada.

Las dos Universidades Laval son los dos grandes apoyos de la cultura francesa en toda América, sin los cuales, la influencia francesa en Norte América se hubiera perdido por inmersión en la cultura sajona, y

el Canadá francés hubiera perdido su propio espíritu y fisonomía.

Universidades de Ottawa y St. François Xavier College.—Son dos pequeñas Universidades y propiamente están destinadas a labor de Colegios.

Universidad de Ottawa.—Está en manos de los Padres oblatas de la Inmaculada Concepción, Orden fundada por un Obispo de Marsella, en la segunda mitad del siglo XIX, parecida a los jesuitas, aunque mucho menos estricta, y que busca su influencia en las clases pobres; de una manera análoga a la Orden terciaria de los franciscanos, su obra misionaria de catolización en el O. de Canadá, es su trabajo más relevante en el Dominio. La Universidad se fundó en 1848, pero su desarrollo ha sido muy posterior, pues la vida de la ciudad de Ottawa no ha surgido propiamente hasta que se fundó la Confederación de Canadá, y la capital del Dominio cobró verdadera importancia.

Esta Universidad ha tendido a dar enseñanza católica a los franceses y a todos los demás que fuesen católicos, pero lentamente ha quedado reducida a los franceses, porque su mayor parte de alumnos son franceses, cuya población constituye el 75 por 100 de Ottawa. El elemento irlandés que allí habita es protestante en su mayoría, y el resto católico no gusta recibir enseñanza con el francés, porque desea enseñanza inglesa; aparte de que, en general, el irlandés católico, podrá no amar al inglés, pero no gusta de ir por el mismo camino que el francés; de ahí resulta que la Universidad de Ottawa, sin quererlo, deviene cada vez más francesa.

Su enseñanza es buena y hay muchas personas en la judicatura y en la política que han sido sus alumnos en la enseñanza que ha dado, y que son estudios de Artes y Filosofía, Comerciales, Teología, y también estudios de *High School* o de primera enseñanza.

Los edificios de la Universidad son buenos y tiene internado para los que lo desean, pero no es obligatorio más que para los de fuera de Ottawa; posee buenas

colecciones de Historia Natural en su Museo, y un buen laboratorio para las experiencias de Física.

Para favorecer a todos los que desean estudiar, y al mismo tiempo han de ganarse el sustento, ha creado sus cursos extramurales con otras horas de clase, o sin asistencia a clase, y hace diferentes arreglos para que se preparen a pasar los mismos exámenes que los estudiantes de curso ordinario. Bien entendido que hasta ahora sólo se ha hecho este trabajo en la Facultad de Artes. La enseñanza es en francés e inglés.

El campo atlético para los alumnos es de primer orden, de una extensión de nueve acres de tierra.

La facultad de conceder grados académicos está reconocida por el Estado de Ontario y por la Iglesia católica.

El número de alumnos es de 782; profesores, 56; conferenciantes, 8.

Su ingreso en todo no es más que 150.000 pesos anuales.

Colegios afiliados son *Rideau Ladies* (señoritas), *College*, y Congregación de *Nôtre Dame*.

Universidad de St. François Xavier en Antigonish (Nova Scotia).—Fué fundada en 1853, por el prelado católico Colin Francis McKinnon, Obispo de Arichat, en Nova Scotia, con la intención de dar educación a los estudiantes para ingresar en el sacerdocio, siendo mirada como un Colegio diocesano. Dos años después, en 1855, la trasladó a Antigonish y amplió tanto el número de sus enseñanzas, admitiendo toda clase de estudiantes que desearan una educación práctica capacitándolos para diversas enseñanzas profesionales; en 1866, la Asamblea legislativa de la provincia le concedió título de Universidad, con el nombre de «St. François Xavier College», con facultad de otorgar grados académicos y desde entonces ha ido mejorando cada vez más y más, siempre a favor de los donativos particulares; el Gobierno provincial no podía ayudarla mucho, porque tiene que atender a otras Universidades. En 1905 celebró su cincuentenario, y su vida no corre ya peligro por falta de recursos.

A esta Universidad asisten los irlandeses y escoceses católicos que pueden pagarse los viajes y residencia, y dicho se está que sus enseñanzas son en inglés.

Enseñan artes, ciencias de aplicación-comercio, literatura inglesa, y algo de leyes, Economía política y Filosofía. En rigor, no ha pasado de ser un Colegio, aunque da algunos cursos de tales o cuales profesiones para ser continuados en otras Universidades.

El número de estudiantes es de 225; profesores, 18.

Su renta es de 28.505 pesos.

Admite también colegiales para segunda enseñanza e intenta todo lo que puede por intensificar sus enseñanzas, bien entendido a la manera de un Colegio inglés, aunque católico. Como la Universidad se halla situada en el pueblecito de Antigonish, que no llega a 2.000 habitantes (casi todos escoceses), el estudiante vive separado de toda ciudad y concentra toda su atención en sus estudios y desarrollo físico.

Educación femenina.—En este enunciado nos referimos sólo a la educación universitaria y al ideal femenino en general.

La enseñanza universitaria es lo mismo para hombres que para mujeres; la coeducación es completa, menos en dos Facultades, Divinidades o Teología y, en algunas Universidades, la de Medicina; todas las Universidades de Nueva Escocia, puede decirse que, por ahora, no las admiten a la Facultad de Medicina. En los Estados Unidos son admitidas las mujeres, en algunas Universidades, a los estudios de Teología.

En algunas de ellas han construido edificios especiales para su residencia y para clases; pero donde no existen, residen en *boarding houses*, previo conocimiento del Secretario de la Universidad. Además, ahora predomina mucho en las Universidades el estudio del «hogar y la manera de arreglar la casa y administrar sus intereses», estudio dedicado en especial a las mujeres, pues se debe tener en cuenta que la vida social frívola se limita cada vez más a un cortísimo círculo de personas de

las clases acomodadas. El Continente norteamericano es un Continente habitado por gentes de trabajo, que cuando desean divertirse y distraerse, se van a Europa, porque en su casa sólo tienen algunas ciudades del Atlántico.

Los canadienses franceses han sido los que más han tardado en incorporarse al movimiento vertiginoso de emancipación que arrastra a la mujer en Canadá, debido este atraso a las predicaciones continuas de la Iglesia católica, de que ha nacido sólo para el hogar. La realidad de la vida ha hecho que tenga que dedicarse a otras cosas y, febrilmente, las canadienses francesas se van adaptando a ganarse la vida por sí mismas; para esto necesitan la mejor instrucción posible; en ninguna de las Universidades católicas estudian, más que en Laval, donde, en 1915, lo hicieron 604, siendo, por el número, la segunda Universidad, después de la de Toronto, con 1.460.

Después de las dos mencionadas, a las que asisten más mujeres son, *Queen's*, en Kingston (Ontario), con 356; *Mac Gill*, en Montreal, con 225; *Victoria University*, en Toronto, con 188; la de *Manitoba*, en Winnipeg, con 153, y la reciente de *British Columbia*, con 151; en las demás no llega a 100 el número de alumnos mujeres. Nótese bien que donde más se desenvuelve la aspiración de ir la mujer a la Universidad es entre los canadienses ingleses, y en progresión creciente de Montreal al oeste del Canadá.

El ideal femenino es, sin discusión, el ideal americano, a partir de Quebec, al oeste, que consiste en ganarse la vida por sí misma; si el matrimonio se presenta, lo acepta como compañera del hombre; pero si no tiene éxito o enviuda, de no tener un capital que la sostenga, ha de volver a ganarse la vida; por consiguiente, necesita preparación para la lucha; y que sabe luchar como los hombres, lo ha probado en su rapidísima adaptación a la vida industrial que ha traído la presente guerra. La mujer latina, a la que tradicionalmente se le ha predicado, y aun continúa haciéndose, que su misión es el hogar, puede hoy ver que la mujer canadiense francesa se adap-

ta a todo lo que hace la mujer inglesa o americana.

No gustan éstas de los ideales de la mujer francesa, *bonne ménagère*, ni de la inglesa, *home wife*, ni de la alemana, *hausfrau*, pues entienden que esto es bueno sólo para la vida tal como está en Europa, de tradición secular. En América, donde los problemas de la vida son diferentes, creen las mujeres americanas del norte que se necesita la mentalidad americana sajona para resolverlos; claro está que se habla como regla general y ésta no implica que no haya excepciones.

Precisamente, en la burocracia es donde en el Canadá, como en los Estados Unidos, la mujer ha hecho una verdadera invasión desplazando al hombre de un sinnúmero de puestos: son empleadas de Bancos, de Sociedades de seguros, en los bufetes de abogados, en las clínicas de médicos (como enfermeras), en toda clase de oficinas de ferrocarriles, en todos los Ministerios sin excepción, etc. Muchas veces, los *Managers* (gerentes) y Presidentes de Compañías emplean, en lugar de Secretarios privados o particulares, las empleadas de confianza (*confidential girls*). Hoy día se ha formado una verdadera jerarquía, la muchacha que sólo sabe escribir a máquina constituye el verdadero jornalero entre las empleadas, y para salir de esta clase se dedican con todo ahinco a las matemáticas. La mujer tiene, además, la cualidad de sostener mejor a sus padres que los hombres; el sentimiento de familia está más arraigado en ella que en el hombre. No se menciona su grandísimo empleo en la primera enseñanza, pues es sabido que en el Canadá y en los Estados Unidos se las emplea con exclusión de los hombres, al menos en los primeros años. En las Universidades y Colegios se han ido abriendo camino. La Universidad Laval-Montreal tiene 20 mujeres en su enseñanza; la de Toronto, 15; la de *Mac Gill*, seis, y la de *Saskatchewan*, cinco; de las demás Universidades no se da cuenta aún, por su poca importancia.

La necesidad de la instrucción *intensiva* de la mujer es un hecho reconocido por

todas las clases y se estima como la condición imprescindible para el mejoramiento humano. Ya no basta, en las clases femeninas directoras, la riqueza; para su obra social amplia y de buenos resultados, necesitan asociarse a las mujeres de brillantes y sólidas condiciones intelectuales o tomar sus consejos; por eso los grandes clubs femeninos no lo son exclusivamente de mujeres ricas, sino de mujeres cultas. Así ocurre en la Asociación de las Hijas del Imperio, *Daughters of the Empire*, Sociedad femenina cuyo fin es levantar el patriotismo rememorando los hechos heroicos de los anglosajones, constituida a imitación de las *Daughters of the Independence* en los Estados Unidos. Entre las mujeres francesas debe mencionarse la de *San Juan Bautista* (patrón de los franceses en Canadá), dedicada a mejorar continuamente la condición de la mujer en sus diferentes oficios y profesiones y proporcionarles clases gratis, o poco menos, de noche, en los locales de la Asociación.

También ha llegado, aunque está en sus comienzos, la enseñanza adulta femenina a las clases agrícolas, pues a la vez que en los colegios de Agricultura, la enseñanza de los dos primeros años es gratis para los hijos de aldeano; se enseña a las hijas a saber administrar la finca agrícola de tal manera que pueda ayudar al marido, además de los cuidados de la familia. Para esto se les enseña cuáles son los mejores medios para criar los niños pequeños, materia de toda necesidad, porque el francés es prolífico fuera de Francia, y en Canadá, como hay mucho terreno que poblar, se necesitan familias de gran descendencia, figurando los franceses con mucha mayor descendencia que los ingleses y americanos.

La irrupción que ha hecho la mujer en todas las profesiones, en las cuales dominaba el hombre hasta ahora, ha traído una dificultad grande al hogar, que pudiéramos llamar de la clase media: la falta de servicio doméstico, que, aun pagándolo de 15 a 25 pesos por mes, no se encuentra, y han de traerlo de Inglaterra, Suecia, Noruega y Norte de Alemania. Y entiéndase que

la clase media comienza en los que tienen de 4 a 5.000 peso anuales.

Para la vida intensiva que se hace en el Canadá y Estados Unidos, se necesita estar pertrechado de la cultura contemporánea, y de ahí que las mujeres, sin pretender ser sabihondas, buscan los medios de lucha en la vida y de vencer; ya es completamente inútil remontar la historia con predicaciones de hogar bíblico, apacible e idílico; el actual es un sitio de descanso en la lucha diaria de toda la vida.

Se ha observado que los estudios que las mujeres hacen con verdadero gusto son los de Artes, Literatura, Música y Pintura, no ya sólo porque los necesitan para una sólida preparación para maestras; sino por el asunto mismo que las atrae y que les da una cultura que las diferencia mucho de las mujeres de Europa, en especial las latinas y eslavas. Por el contrario, el hombre se reduce cada vez más a los negocios y a la familia; aquéllos le absorben casi todo el tiempo, y el que les resta ha de ocuparse de su familia y de su educación; de ahí que la vida de sociedad está completamente en manos de las mujeres. Las *governess* y señoritas de compañía casi han desaparecido; aquéllas, porque las niñas van a las escuelas públicas, y si tienen medios de fortuna, van más tarde a los colegios con internado; las de compañía, porque su papel se ha reducido a cuidar de las señoras ancianas que necesiten de esos servicios.

Las jóvenes gozan de un respeto tan grande en los Estados Unidos y Canadá, en especial a partir de los Estados y provincias del centro y del oeste, que llevan una vida fuera de los ojos vigilantes de sus madres, vida completamente desconocida en Europa. La coeducación universitaria y colegial las fortifica, haciéndolas más varoniles, y, en cambio, a los hombres los hace de un trato más franco y sincero, y al mismo tiempo agradable, que en los de Europa. El tono de igualdad en el trato de los sexos no existe en ninguna parte de Europa en el grado que en Norte América; en el trato de sociedad se puede decir que el género masculino está completamente a

los pies del femenino. Lo que gasta una jovencita de clase rica, o por lo menos bien acomodada, y gastos bien hechos, que no son frivolidades, después de salir del colegio y empezar a frecuentar la sociedad o hacerse cargo del mundo, haría temblar a cualquier padre latino o eslavo, mientras que aquí se hace sin esfuerzo; se ve patente en los canadienses franceses que, aun los que son realmente ricos, no pueden, en manera alguna, acostumbrarse al modo de ser canadiense inglés, todo moldeado en el espíritu americano.

Conste que en las provincias marítimas se aproxima su manera de ser al de Inglaterra, así como en los Estados Unidos son los de la Nueva Inglaterra donde se conserva bastante el modo de ser europeo.

Las mujeres canadienses nunca trabajan en las minas ni van a segar al campo, y nada hay más repulsivo para un individuo de estos países, cuando viajan por Europa, centro de la civilización, que encontrar a las mujeres haciendo los trabajos más duros y ocupándose en tareas que, muchas veces, llegan a ser las de bestias de carga.

También lo es mucho, aunque ya no tanto, que en los almacenes de ropa para señoras o de mercería, estén despachando los hombres, ocupando realmente plazas que deben ser para las mujeres. No tiene nada de particular que para la mujer canadiense el problema femenino en los países latinos y eslavos produzca un verdadero disgusto, y que lo miren como orientalismo o manera de ser del Oriente asiático.

Con esto puede ya juzgarse, sin molestia para ningún europeo, que el respeto a la mujer es mucho mayor en Norte América y el Canadá que en ningún país de Europa.

Los servicios que hacen en las campañas a favor de la templanza (lucha contra la intoxicación y embriaguez) y en las organizaciones benéficas son inestimables. Contra el primer vicio social, han influido en la vida municipal para ir quitando poco a poco los establecimientos de bebidas, o, por lo menos, hacer que disminuyese su número, trabajo nada fácil, porque para

llegar a la abstinencia forzosa que hoy reina en Canadá (hasta donde es posible lograrlo) ha sido menester la guerra europea y la producción inmensa de municiones y armas de guerra, para que Gobiernos y Municipios se preocupasen de que los trabajadores, para un trabajo sostenido e intensivo, necesitaban buena alimentación y privación de bebidas embriagantes; además (y es una de las consideraciones más importantes), que para comprar dichos líquidos de producción europea se gastaba un dinero necesario en el país para necesidades más vitales.

En las organizaciones de beneficencia han probado que ellas dominan el asunto de tal manera, que hoy son las que lo dirigen. Los Secretarios se puede decir que están completamente al servicio de ellas. Han llegado a influir, no sólo en la beneficencia de socorros domiciliarios, recogida de huérfanos, ayuda a los pobres de otras mil maneras que la limosna (que rara vez sirve para mejorar); sino que han intervenido en organizar los *settlements* o colonias de emigrantes europeos, donde prácticamente los enseñan desde leer y escribir a mejorar en sus oficios y aprender otros. Estos *settlements* están muy en sus comienzos en Canadá; pero en los Estados Unidos han llegado a ser un verdadero club de emigrantes, donde preparan distracciones para conocerse los que han recibido sus beneficios; el de Janie Adams, en Chicago, es un *settlement* modelo.

Claro está que este movimiento femenino tan complejo y tan grande, puesto que abraza la mitad del género humano, no hubiera sido posible sin la base de la instrucción amplia y sólida que ha comenzado a reobrar sobre el modo de ser de los primeros pobladores europeos; luego ha ayudado mucho la necesidad de tener todo que hacerlo por sí mismos, pues ha sido imposible trasplantar el modo de vivir de las sociedades de Europa a América, en especial las clases media y pobre.

La influencia de la mujer ha llegado a la esfera religiosa, no sólo en las sectas protestantes de presbiterianos, baptistas y

congregacionalistas, donde cada miembro de la Iglesia vota sus pastores y deanes, cuando la ocasión se presenta, sino que tanto en éstas como en las católicas, influye, con su voz y voto, en las llamadas *obras sociales*, que en rigor son obras de beneficencia, de caridad, de donativos a la iglesia, de escuelas, y hasta en la misma propiedad de la fábrica e iglesia.

Por no haber prácticamente ninguna esfera de obras sociales y estudios que les sea extraño, y por la mucha frecuentación social, comienzan a asombrar en Europa, por su vivacidad en los juicios, por la brillantez de sus discursos, y solidez y justeza de sus apreciaciones: bien entendido, que la mujer canadiense no llega ni con mucho a lo que es todavía la norteamericana, su modelo permanente.

Con razón se ha dicho que no hay país ninguno que deba tanto a las mujeres como el continente norteamericano. La elevación cultural de la mujer ha contribuido a disminuir la vanidad del hombre, pues disciernen perfectamente los que valen de los que no valen, o de los que son simples medianías. La experiencia que se ha hecho de los matrimonios entre estudiantes universitarios, por razón de conocerse diariamente en la Universidad, han sido, con rara excepción, felices; en general, huyen de los *engagements* del amor loco, y es frecuente oírlos, con la mayor sinceridad, que para casarse se debe elegir entre los amigos.

En la esfera de la política no influyen nada, quizá porque, en rigor, nadie se ocupa de la política hasta el momento de unas elecciones generales, de las cuales pende el cambio de Ministerio, y Canadá, hasta la guerra, no ha tenido problemas políticos de importancia en todo el curso de la Confederación. En las elecciones de guerra de 1917, en las que tuvieron voto todas las mujeres con parientes o esposos en las armas británicas, lo emplearon siempre en votar con el Gobierno, para que siguiera la guerra, pero no forma un caso decisivo, porque no se concedió el voto más que a una determinada clase femenina. De todas maneras, en el Canadá no hay sufragistas, ni ha encontrado dicho movimiento simpatía

ninguna, porque el problema femenino es muy diverso del de Inglaterra.

Los deportes en el Canadá. — Claro es que nos referimos sólo al universitario: los alumnos juegan y enseñan a jugar, en las cortísimas estaciones de primavera y otoño, *base ball*, *foot ball*, *la crosse* y *cricket*; en verano, *lawn tennis* y pesca; en invierno, patines, *hockey* (muy de moda en la actualidad), *snowshoeing* (andar sobre nieve) y *tobogan* (principalmente en las escuelas); el billar se ha generalizado muchísimo en la segunda enseñanza, y el juego de bolos, en los clubs atléticos.

Los que crean que se cultiva el juego con el mismo carácter de *gentlemen*, o jugar por el juego mismo, como en Inglaterra, sufrirán un desengaño. Los alumnos, claro está, procuran jugar lo mejor que pueden; pero la tendencia es a formar *teams*, o equipos de los mejores y más diestros, para las grandes luchas o *matches* de unos clubs con otros y unas con otras Universidades.

Decididamente el *hockey* está cada vez más en esa tendencia, y el *lacrosse* (que era el juego nacional canadiense-francés) prácticamente ha quedado reducido a los *teams* o equipos. El *cricket* ha quedado como juego puramente universitario, y de ninguna manera llama la atención como el *base ball*, o *foot-ball*, que distraen más; los negros son aficionadísimos al *cricket*.

Al comenzar la guerra europea tomaron muchísimo incremento los ejercicios físicos y gimnásticos, al extremo de constituirlos como obligatorios.

La natación se verifica en verano en los ríos o el mar, y durante el invierno, en los clubs atléticos, con fondos suficientes para establecer pila de natación con agua templada.

El ejercicio físico comienza en la escuela para abandonarlo en la vejez o con la muerte. En todas las edades es una necesidad, en especial con la vida intensiva de trabajo en Norte América. Las vacaciones breves y el ejercicio físico es la condición *sine qua non* de los hombres dedicados a los negocios. Las casas de Banca reparten gratis a los empleados de poco sueldo

tarjetas de miembros de algún club atlético, para que pasen las veladas, cuyos clubs están subvencionados por dichos Bancos. Otras Compañías compran un determinado número de tarjetas anuales, y las reparten a los empleados que más trabajan con modestos sueldos. Los ferrocarriles, cuando no organizan clubs atléticos de sus empleados, hacen lo que las empresas privadas.

El juego de bolos es casi general en todos los empleados, los cuales constituyen ligas, en que los equipos llevan los nombres de la Compañía para la que trabajan.

El deporte es tan general, que las muchachas lo cultivan tanto como los hombres; la natación, el *lawn tennis* y el patinar no lo abandonan en su vida; últimamente el *hockey* las atrae grandemente, porque exige ser buenos patinadores, en lo que ellas sobresalen grandemente.

El *skis* ha sido recientemente importado de Noruega, y no ha tomado el gran desarrollo a que la naturaleza de Canadá se presta por las grandes cantidades de nieve que caen durante el invierno.

El *ciclismo* ha quedado reducido a los estudiantes de segunda enseñanza, y especialmente a los trabajadores del campo y de la ciudad; para los últimos, más que un deporte, es un medio de locomoción.

Tres clases de deporte se practican fuera de la Universidad en las vacaciones: las regatas, la navegación a la vela y la pesca. Las Universidades situadas en localidades donde se puede remar constituyen equipos para luchar con otros clubs; Toronto es el centro de todos los deportes acuáticos, por estar situado en la playa del lago Ontario. En cuanto a la pesca en ríos y lagos, no requiere mucho aprendizaje, y es una diversión practicada en el Canadá como en ningún país del mundo. Las provincias marítimas, Quebec, Nuevo Brunswick y Nueva Escocia están consideradas como el paraíso del pescador, porque en sus ríos y en su gran número de lagos, la pesca es abundantísima. La pesca se hace embarcándose y pescando en buque de vela. Dicho deporte lo cultivan mucho las personas de edad y de vida sedentaria.

La *caza* y, mejor se diría, el ejercicio de tiro, es una diversión que practican en grande escala las gentes del campo. Las de la ciudad, sólo en las épocas de la caza y por breves días; en cambio, entre los que viven lejos de la población, los padres de familia enseñan a tirar a sus hijos. Es verdad que no se enseña en las escuelas; pero se recomienda que se dediquen a ello cuando tengan tiempo.

El deporte constituye la mitad de la vida en el Canadá, aparte de que no hay país que gaste las grandes cantidades que los países británicos en el ejercicio de sus músculos. Debido a esto, que está en el medio ambiente de las gentes, ha podido improvisarse, organizarse y llevar a la guerra un gran ejército como el canadiense.

Un juego extremadamente popular en los sajones es el *golf*, al cual se dedican hombres y mujeres. Los campos de *golf*, en Quebec, en las colinas que miran al río San Lorenzo, son de lo más hermoso del mundo.

Fuera de la Universidad hay dos deportes de las clases adineradas: *yachting* y equitación, para los dos sexos: la equitación se ejercita no tanto para lucirse en los paseos (no tienen el paseo mundano de los latinos) como durante la época en que se puede vivir en el campo. Los británicos del Canadá, al igual que los americanos, gustan poco del ejercicio de andar, y no mucho del ejercicio alpino, debido a que sus montañas no son como los Alpes de Europa. Para subir las cuestas montan a caballo, y las suben por donde hay hechos los *trails*, veredas preparadas para los caballos, debiendo tenerse en cuenta que montan los caballos de la localidad adiestrados y habituados al camino de montañas: las montañas de sus parque nacionales son escaladas de esa manera.

El *automovilismo* no es ya un deporte en el Canadá, es un medio de transporte y lo aprenden hombres y mujeres, porque ya es un medio casi indispensable en las grandes excursiones campestres, debido a las grandes distancias que han de recorrer de un lugar a otro.

Una especialidad escocesa adquiere gran

boga en el Canadá, el *curling*, que se juega sobre el hielo en los clubs destinados a dicho juego: lo practican hombres y mujeres de edad madura, que no practican ya tanto el patín; también pueden jugarlo los que van para viejos sobre una superficie de hielo, en la que se está de pie con zapatos de fieltro impenetrables al frío, se empuja con un bastón *ad hoc* un objeto pesado que resbala sobre el hielo hasta el otro extremo de la superficie, que es un paralelogramo de regulares dimensiones. De hecho, este juego, además de juego, da lugar al mismo tiempo a una reunión social. El Gobernador general del Canadá, en su residencia oficial, tiene un estanque para patinar, *hockey*, y otro más pequeño para *curling*. Su Alteza Real el Duque de Connaugh, dedicaba con sus invitados la tarde de los sábados a los *sports* de hielo en su residencia.

Tal como está organizada la comunidad canadiense, puede decirse que la persona que no cultive el deporte tiene una falta en su educación que le priva de una fuente de placeres, al mismo tiempo que de una ventaja en su salud física: adiestramiento y utilización de sus miembros.

Para conocerse bien los dos sexos hay tres medios: el deporte, el baile y la iglesia en sus reuniones de feligresía. No se trata de los dos últimos, porque no son de este asunto; pero sí debe notarse que mucho más que por el estudio se interesan los dos sexos por el deporte. Aunque parece que los bailes de sociedad y fiestas del gran mundo debían servir para conocerse las gentes, en estos países, que son prácticos en todo, prefieren los otros medios citados.

Por otra parte, el deporte sirve para cimentar los lazos de compañerismo mejor que ninguna otra relación: la benevolencia, la amabilidad, la lealtad mutua se desenvuelven en el juego mejor que en ninguna distracción; una persona que no se interese por los juegos, o que no juegue, aparece ante ellos como cosa rara, y, por de contado, con el adjetivo de «cosas de *foreigners*», pues no se concibe un británico sin el amor al juego físico. Para los canadien-

ses, que creen que una de las superioridades sobre todas las demás razas consiste en el cuidado de practicar el deporte en toda ocasión, no hay nada más desgraciado que las razas que no juegan o no practican el deporte. Los canadienses franceses lo han comprendido bien, y no se quedan atrás de los británicos, cultivándolo con igual interés y energía, con excepción del *cricket*, que no les satisface.

REVISTA DE REVISTAS

FRANCIA

Revue Internationale de l'Enseignement.
Paris.

NOVIEMBRE Y DICIEMBRE

La vida y las obras de Pasquale Villari, por Jean Alazard.—Se ha fundado recientemente en Italia una *Nuova Revista Storica*, cuyo programa consiste en disminuir, en los países latinos, la importancia de la erudición germánica o germanizante. Desde hace muchos años, en efecto, se ha visto una reacción contra los trabajos exclusivamente minuciosos; dos escuelas se vienen disputando el campo de los estudios históricos. Desgraciadamente, después de 1914, se han mezclado en la contienda las preocupaciones políticas; las campañas promovidas por la sucesión del alemán Beloch en la Universidad de Roma han probado hasta qué punto se han olvidado los méritos científicos de los dos candidatos: De Sanctis y Ettore Pais. En estas discusiones ha surgido, con mucha frecuencia, el nombre de uno de los mejores historiadores de la Italia contemporánea: Pasquale Villari; se ha recordado el papel, bastante activo, que había desempeñado en la historia política de Italia en el siglo XIX, y se ha opuesto su nombre al de los eruditos a quienes se acusa de amar excesivamente los métodos alemanes. Villari, sin embargo, era simplemente un historiador muy concienzudo; convenció a sus discípulos de la necesidad de hacer «buena historia», apartándose, igualmente, de las disertaciones apologéti-

cas y de las secas nomenclaturas de hechos. Si se ha formado en Italia una buena escuela de historiadores (a despecho de la divergencia de ideas sobre los métodos que deben seguirse), a Pasquale Villari se debe. Los estudios que hizo en Nápoles le permitieron conocer mejor los medios más diferentes. Antes de 1848 apenas se estudiaba la literatura nacional en los «seminarios», que eran los establecimientos de enseñanza favoritos del Gobierno real. Las Universidades no existían sino de nombre, y la juventud había adquirido el hábito de completar su instrucción en las escuelas privadas de enseñanza superior. Una de las más frecuentadas era la de Basilio Puoti, donde se aprendía, sobre todo, a hablar bien el italiano. Pasquale Villari siguió con fruto estas lecciones, pero más tarde se consagró a las de Francesco De Sanctis; en ellas vió, por fin, «las obras de arte estudiadas como obras de arte en sus relaciones con la sociedad y con el carácter nacional». La Revolución de 1848 y la severa represión, que fué en Nápoles la consecuencia de los movimientos liberales, obligaron a De Sanctis y a sus discípulos a desterrarse. Mientras que el maestro fué a enseñar a Turín, Villari se retiró a Florencia, donde se acogió con afecto a los liberales-unitarios de la Italia central y meridional. Dos figuras históricas atrajeron vivamente su atención: Savonarola y Maquiavelo; a los dos dedicó lo mejor, quizás, de su actividad. La tercera gran obra de Villari se refiere a los comienzos de esa ciudad de Florencia, cuya descomposición había estudiado bajo Savonarola y Maquiavelo. Esperaba «aclarar la historia de Florencia con una nueva luz», y lo consiguió, puesto que a su libro han acudido luego los que se han preocupado de la cuestión. Buscó el lazo lógico que unía todos los acontecimientos, a primera vista desordenados y sin ilación; encontró que había entre ellos «una conexión casi matemática de causas y efectos». En lugar de considerar, como hacían los cronistas y los antiguos historiadores, los odios de individuos a individuos, veía factores que acentuaban la división de los partidos, y éstos, a su vez,

no entran en la historia sino para explicar las reformas de las que el Municipio de Florencia obtiene, después de una serie de experiencias políticas, ese conjunto de libertades que no tiene igual en la Edad Media. El desorden es sólo aparente. En medio de todas estas crisis maduró el espíritu político, y con él, el sentido literario y artístico.—M. Baldassersin ha formado un catálogo completo de las obras de Villari.

La Facultad de Letras de la Universidad de París, por Alfred Croiset.—Este artículo es uno de los capítulos de la obra, recientemente aparecida, *La Vie Universitaire à Paris*. En la antigua Universidad de París, lo mismo que en las demás Universidades francesas, la Facultad de Artes comprendía, a la vez, la enseñanza de las letras y la de las ciencias. Las Facultades de Letras datan, como las Facultades de Ciencias, de la creación de la Universidad Imperial en 1808. Pero, sobre todo, a partir del Renacimiento, la enseñanza de la Facultad de Artes no era, ni para las letras ni para las ciencias, una verdadera enseñanza superior: respondía más bien a lo que llamamos hoy segunda enseñanza. En cuanto a la enseñanza superior de letras, no existía entonces, bajo una forma restringida, sino en el Colegio de Francia, donde se enseñaba el latín, el griego y el hebreo, y que era, como lo es hoy, independiente de la Universidad. Cuando se crearon las Facultades de Letras por decreto de 17 de marzo de 1808, tuvieron, en el primer momento, un carácter indeciso. Las Facultades de Letras tuvieron primeramente por función el examen del Bachillerato, pero no la de proporcionar la enseñanza que a él conduce: esta enseñanza fué dada en los liceos que reemplazaron los antiguos colegios. De aquí el hecho extraño de que los primitivos profesores de la Facultad de Letras, de París, en número de seis solamente, debían comprender, en los términos del decreto de fundación, «tres profesores del Colegio de Francia y tres profesores de bellas letras de los Liceos». Sin embargo, la Facultad de Letras tenía también que conferir, además del Bachel-

rato, dos nuevos grados igualmente oficiales: la Licenciatura y el Doctorado en Letras. Además, se creaba una Escuela Normal, destinada a la preparación de los profesores, y esta Escuela, simple pensionado en su origen, estaba ligada a la Facultad, que debía preparar a sus alumnos para el examen profesional de la «agregación». Así, poco a poco, por la fuerza de las cosas, se iba haciendo necesaria una enseñanza superior de letras. ¿Qué carácter había de tener? No podía ser la enseñanza tradicional excesivamente dogmática y formal, y que en el fondo no era, en todos sus grados, sino una retórica prolongada indefinidamente. Este estado de cosas fué modificado por la aparición de un espíritu nuevo, el espíritu nuevo que iba a sustituir la contemplación de un ideal inmóvil por el estudio de las realidades vivas, y que, al mismo tiempo, provocaba investigaciones nuevas y precisas. Esta revolución profunda tenía su fuente en el movimiento general del pensamiento y tuvo por obreros algunos de los hombres más ilustres de aquella generación: Guizot, Villemain, Cousin y otros, de influjo decisivo. Lentamente, la enseñanza superior de las letras adquiere conciencia de su objeto y de su método. Las Facultades de Letras no se proponen ya solamente cultivar el gusto clásico y conferir grados. No se separa el estudio de las obras del estudio de su ambiente, ni al literatura de la civilización general, y esta enseñanza forma así parte integrante de la ciencia universal. El período de mediados del siglo XIX marca la consolidación de la Facultad ampliada en su espíritu y en el número de sus profesores. Cuando la tercera República emprende las últimas grandes reformas que llevaron al renacimiento de las Universidades en 1896, no se trataba ya, como en los comienzos del siglo XIX, de modificar el espíritu mismo de la enseñanza superior de las letras o, por decirlo mejor, de crearla enteramente asignándole un objeto y un método de que hasta entonces carecía. Se trataba, sobre todo, de permitir a este espíritu, gracias a una organización más racional y más completa, producir todos sus frutos y ejercitarse más libre-

mente. A esto tendieron las Facultades de Letras, en particular, la institución de los profesores de conferencias (1877), la creación de los becarios (1880), la multiplicación considerable del número de cátedras y toda una serie de medidas administrativas que fueron, al fin, coronadas, después de 10 años de progresos regulares, por la trabazón de las diversas Facultades en la unidad superior de la Universidad, gran organismo compuesto de todos los órganos indispensables, animado de un mismo espíritu y tendiendo todo él hacia un mismo fin, que es el de promover la ciencia y extenderla para el mayor bien de la vida nacional. Lo mismo que la Facultad de Letras, tuvo, en 1821, que emigrar, para llenar su misión, del Colegio de Plessis a la Sorbona de Richelieu, la Facultad de Letras de la nueva Universidad de París se instaló en el Sorbona reconstruída, donde ha podido desenvolverse con su amplia actividad y con sus instalaciones materiales.

Documentos e investigaciones.—Estas notas fueron redactadas en agosto de 1910, al regreso de su viaje de estudios efectuado a los Estados Unidos de América, y son extracto de un informe presentado al Ministro de Comercio interesado en averiguar «en qué medida y por qué medios los alumnos de las escuelas industriales francesas y los ingenieros salidos de estas escuelas pudieran ser llamados para aprovechar, por su instrucción técnica, los procedimientos propios de la industria americana». El problema se plantea de un modo muy general: no se trata, en efecto, de aprovechar algunas unidades, en su interés particular, para perfeccionarles lo más posible, sino que debe interesar el cuerpo entero para mejorarle; es la enseñanza técnica superior la que es preciso, de un modo general, mejorar y adaptar a las exigencias de la industria moderna, aprovechando ejemplos del Extranjero, y, en particular, el americano. Ante todo, es preciso conservar la sólida cultura enciclopédica que las escuelas y liceos franceses desenvuelven en los niños hasta la edad de los 18 años, aproximadamente: es ésta una base que falta con frecuencia a los americanos

y que conviene conservar. Una vez adquirida esta cultura general consagrada por el título de bachiller, al cual pudiera asimilarse el diploma de salida de la Escuela de Artes y Oficios, los jóvenes seguirían en la Universidad una enseñanza científica superior, creada especialmente para ellos, y cuya duración sería de dos a tres años. Las matemáticas constituirían en esta enseñanza la materia principal, pero se procuraría, sobre todo, enseñarlas desde el punto de vista de sus aplicaciones prácticas al arte del ingeniero; después se reservaría buen espacio a las ciencias físicas, químicas y naturales, cuyo estudio, hecho todo lo posible en el laboratorio, desenvolvería las cualidades de observación y de experimentación de que tanta necesidad tiene el ingeniero. En resumen: es conveniente la formación del ingeniero en dos fases muy distintas: la primera fase correspondería a la adquisición en las Universidades de una sólida cultura general científica por medio de cursos creados especialmente a este efecto con programas bien adaptados al fin particular perseguido; la segunda fase implicaría la enseñanza técnica superior propiamente dicha, dada en las diversas escuelas de aplicación creada y acondicionada en vista de la formación práctica de una sola categoría de ingenieros.

Variedades.—La Fontaine y la «Humanidad germánica». *Maurice Vernes.*—En la Facultad de Letras de la Universidad de París: Creación de una enseñanza de Literatura y Civilización de los Estados Unidos.

Necrología.—Ernesto Dupuy.

Bibliografías y extractos.—D. BARNÉS.

ENCICLOPEDIA

EL MAESTRO DORADO MONTERO

por D. Angel Ledesma.

«...Queda el primer grupo. Hablemos de él con respeto, con profunda emoción. Se trata de esos maestros sobre los cuales la juventud, sin ninguna reserva mental, puede proyectar una aureola de agradecimiento y de admiración. Cuando encontréis esos profesores, bendecid el día y la hora en que entrasteis en su clase.»

Luis de Zulueta: *La edad heroica*. (Conferencias dedicadas a los jóvenes. Pubs. de la Residencia de Estudiantes.)

Así el maestro Dorado Montero. Su nombre esclarecido inspira por igual, intensamente, la admiración y el ejemplo. Todo aquel que se acercó a su clase con un poco de curiosidad y de modestia, al salir de ella, se encontró ligado a D. Pedro con lazos firmes, con afectos dobles. Porque Dorado, como los sencillos maestros griegos, supo siempre que estamos obligados de igual modo a conocer que a obrar. Por esto todos sus discípulos sintieron un día bueno, al final de alguna de sus luminosas lecciones, en el que escucharon una voz desnuda dentro de ellos mismos. ¡Cómo hablaba D. Pedro en su afán inextinguible de dar elevación a la conducta!

D. Pedro Dorado pegaba a sus palabras el fuego de sus meditaciones; en sus escritos queda siempre la clara huella de su pensamiento. Dorado fué un orador intenso y un gran escritor. Al decir esto, no nos deslumbra su sólido prestigio de hombre de ciencia. Es que es difícil encontrar mayor justeza y comprensión de lenguaje, en libros de Derecho, que en las páginas de sus obras; es apropiado y exacto como él solo. Sus libros—aparte su sustancia—están primorosamente escritos.

Despreció la oratoria, a pesar de ser la suya de elocuencia tan cierta, viril y atractiva; con esto no hizo sino seguir la voluntaria automutilación de su maestro don

Francisco Giner, el maestro de todos, como él le llamaba.

Dorado pudo ser un San Bernardo en nuestra sociedad sórdidamente egoísta y curialesca, si hubiera esparcido en ella el rescoldo de sus esperanzas. Porque es curioso que este hombre de la duda, del pesimismo sistemático—gloriosa tradición del ingenio español—, era el hombre que preconizaba un régimen social afectivo, sutilmente espiritual. («Cuanto más te trato, más te conozco; cuanto más te conozco, más te quiero», esta fué una de sus fórmulas tutelares altamente sugestiva e idealista). De aquí nació el Derecho penal *protector* que ha de sustituir al Derecho penal *punitivo*. Y esto explica su lucha trágica por la superación. La «lucha contra el límite» de Anaximandro, se dió en Dorado. También él vió que la vida—de ser humana—debe ser *pleonexia*.

En su última obra publicada (*La Naturaleza y la Historia*) puede comprobarse esto. La conspiración inteligente del hombre (*colere, erudire, etc...*, cultura, en fin) contra las fuerzas espontáneas (naturales) para dominarlas y aprovecharse de éstas con sus artificios (trabajo, ingenio); y después la gallardía de crear, la pugna por imponerse a lo fatal y radicalmente malo, aspirando con el corazón a fabricar mundos mejores, la persistencia del individuo en su espíritu, en la conciencia humana y sus productos (espirituales y sociales), constituye uno de sus puntos de vista. Es de notar la coincidencia de Dorado en algunas de estas concepciones—sobre el carácter de la historia y la clasificación de las ciencias en un peculiar sistema, principalmente—con H. Rickert, en su *Kulturwissenschaft und Naturwissenschaft*, obra que no conoció D. Pedro. (Cfs. págs. 52, 54 y otras de la segunda edición, Tubingen, 1910, y los estudios de Dorado acerca del carácter científico de la Historia publicados en *La Lectura* de estos últimos años.) Al criticismo de Dorado puede aplicarse aquella exclamación de Gracián, que se lee en *El Discreto*: «¡Oh gran maestro aquel que comenzaba a enseñar desenseñando! Su primera lec-

ción era de ignorar, que no importa menos que el saber».

D. Pedro padeció el don angustioso de engendrar meditaciones, ese afán noble de hacer filosofía. Tomó la vida en serio; por esto él pasó la suya «volviendo la cara a la gracia»—como ha dicho D'Ors en su *Glosario*—, en la creencia segura de que vendrán tiempos más sutiles y plenos que reciban su obra. Y a propósito de esto, quiero hacer notar, a fin de que lo tengan en cuenta sus futuros biógrafos y exégetas, el temple castellano, serrano o rural de D. Pedro, que le dió tanta entereza y tan austero vigor para penetrar en «la entraña de las cosas.» (Una de sus frases más usuales). Fué un hombre que trajo el aire sutil, hialino y fuerte de su sierra, al campo de la meditación. Su concepto del trabajo tenía el mismo credo de las rudas faenas campesinas. Así pudo desarrollarlo con potencial enorme.

Pero sería un error gordo y una vulgar ligereza juzgar la rígida honradez castellana de Dorado como defecto de comprensión, cuando a causa de ella rehusó ambigüedades y contemporizaciones.

Para los que le conocieron íntimamente, su virtud mayor fué la de dominarse: así el Dorado que yo conocí, cortés, afable, acogedor, íntimo. El sintió como nadie la disciplina interna del respeto. (Otro aspecto interesante del hombre que encarnó un especial anarquismo científico, del traductor de Eltzbacher y del autor de *Valor social de leyes y autoridades*). Porque existe otro Dorado de leyenda, profesor hosco y huraño, que daba tortura a sus alumnos... esos alumnos que jamás le conocieron el timbre de voz. Y aquella alma de tanta entereza y ardor vivió en el reposo fecundo del hombre de ciencia, con su familia y recibiendo un puñado de amigos que él sabía escoger al rozarse con las gentes—de las que estaba tan escarmentado—, pues siempre tuvo por muy delicada y difícil la práctica de la amistad. Cuando él sospechaba encontrar un «espíritu» (otra palabra habitual suya) capaz de siembra, allí caía D. Pedro captándose una adhesión. Gustaba de hablar, contra lo que

se cree de él vulgarmente—por los que no le conocieron, es claro—y hablar de todo con curiosidad y deleite. No olvidaré nunca las tardes de largas puestas espléndidas, sentados los dos en la limpia terraza de su casa, adornada de tiestos floridos, y aquellos diálogos serenos, interiormente agitados con sugerencias múltiples. Su hija Elvira, una niña de once años, en cuyos ojos se miraba D. Pedro, jugaba con su gato blanco y nosotros contemplábamos los innúmeros giros de los vencejos que ponían su algarabía en la majestad dorada de los ámbitos salmantinos, piedra y cielo solemnes.

Además de todo esto, fué hombre muy austero, que fué muy comprensible. Austeridad que observó tenazmente en culto a la dignidad humana, tan encarecida bajo este mismo cielo de Salamanca por el humanista Fernán Pérez de Oliva. El no guardó en su cripta ideales fragmentarios. Su sistema fué un sistema general de valoraciones. Y al vivir su ideal con sentido infinito, sin miras ni reservas, marcó todos sus actos con un exponente elevado y muy suyo.

Para los que quebramos la esperanza entre las bastardas pequeñeces que conspiran contra todo lo que es noble y generoso, la vida de este hombre firme es asidero y es consuelo.

ALGUNOS CARACTERES PRIMORDIALES DE LA LITERATURA ESPAÑOLA (1)

por D. R. Menéndez Pidal,

Catedrático de la Universidad de Madrid.

Al estudiar la epopeya y sus derivaciones, es decir, la creación más peculiar y fecunda de la poesía española, nos habre-

(1) Estas páginas son parte de un capítulo de introducción destinado a la edición española de mi libro *L'Épopée castillane à travers la littérature espagnole*, trad. H. Mérimée, 1910. Muchas de las ideas de este trabajo figuran ya en mi conferencia *Quelques caractères de la littérature espagnole*, leída en la Sorbonne el 28 octubre 1916 y publicada en la *Revue internationale de l'Enseignement*, París, 15 noviembre de 1916.

mos de encontrar frente a los problemas más íntimos y comprensivos referentes a la vida artística de España, y será bien que, ante todo, orientemos de un modo general nuestro pensamiento, señalando ciertos rasgos característicos de la literatura española, los cuales nos ayudarán a comprender otros de los géneros de poesía en que nos vamos a ocupar. Me ha movido a esta labor previa el ver que algunos supuestos aceptados antes por mí llanamente, como sintiéndolos dotados de evidencia, han tropezado con la razonable incredulidad de otros críticos. En efecto: varios eruditos niegan o extrañan ciertos momentos culminantes, ciertos fenómenos capitales en la evolución de la poesía épica española, fundando, por lo común, su incredulidad en la comparación con otras literaturas donde esos momentos y esos fenómenos no se producen. Por esto creo necesario considerar previamente algunos caracteres de los más típicos y diferenciales de nuestra literatura, esperando que sean ellos los que, sentidos antes por mí como evidentes, hacían para mí llano lo que para otros resulta dificultoso o inadmisibile. Esta falta de puntos de apoyo comunes nada tiene de particular, ya que muy poco se ha escrito sobre tan difícil y amplia materia, y eso poco es ya demasiado antiguo. Deseando, pues, ahora sentar algunos caracteres de nuestra literatura, que me importa hacer notar, recordaré hechos muy sabidos de todos, pero de los cuales espero luz al agruparlos aquí para someterlos a una interpretación.

Nos guiará a entrar en este asunto una consideración acerca del particular modo en que se produjo la civilización española medieval.

Los pueblos bárbaros llegaron a España con cultura demasiado escasa para poder influir en la de los hispano-romanos, así que la vida intelectual de la Península siguió bajo la monarquía visigótica la dirección que traía en los últimos tiempos del imperio romano: las regiones del Levante y de Mediodía de España continuaron siendo las más adelantadas, y sólo sobrevino un cambio fundamental a partir

del siglo VIII, cuando pueblos musulmanes dominaron casi toda España y en especial esas comarcas más cultas del Levante y del Sur. Entonces, la civilización árabe, iluminada con los destellos del helenismo bizantino, aparecía mucho más rica, espléndida e insaciable que la europea, así que las manifestaciones superiores de la vida latina de España se fueron pronto vaciando en los moldes de la lengua o del pensamiento musulmanes, hasta llegar a una absorción completa del elemento cultural latino por el oriental.

La independencia de los cristianos de la Península se salvó sólo en las montañas del N.; allí empezó a formarse la nueva España, apartada y oscuramente, envuelta en un misterio embrional; y en esta gestación no intervinieron para nada ninguno de los grandes centros de vida intelectual romana o visigoda. Tarraco, Cartago, Córdoba, Hispalis, Emerita, Toledo... perdieron su carácter hispánico, y cuando esas ciudades completamente islamizadas, y decaídas desde fines del siglo XI, se fueron incorporando otra vez a la vida de los nuevos reinos españoles, ya éstos habían definido enteramente su carácter.

De este modo, los gallegos, los astures, los cántabros y los vascones, que, según Estrabón, eran los pueblos más bárbaros de la Península, y que, además, fueron los más tardíamente sometidos al imperio romano y los menos influídos por su civilización, fueron los que, llevando a cabo la reconquista del suelo islamizado, realizaron la nueva romanización del mismo. Este carácter de los pueblos reconquistadores no ha sido tenido en cuenta para explicar el de la lengua y literatura españolas; y, por otra parte, van equivocados los que, buscando en la fecha inicial de la romanización la base de los caracteres de cada romance, quieren descubrir en la lengua castellana como un reflejo, o poco menos, del latín arcaizante de los Escipiones, que a fines del siglo III antes de Cristo conquistaron el S. y el Levante de la Península. A no haber mediado la invasión musulmana, la Bética, región más culta entre las ibéricas y después la más pronto romani-

zada, habría sido seguramente la que hubiera producido una temprana y pujante lengua literaria dentro de la Península, como la produjo en la Galia la tan pronto y tan intensamente romanizada Provenza; pero la Bética dejó caer su romanismo en barbarie, deslumbrada por la civilización árabe, y las lenguas literarias hispánicas sólo se pudieron formar en las montañas del N., donde nunca brilló la cultura romana, y especialmente en Castilla, región vecina a los vascones, nunca del todo romanizados. Téngase, además, presente que esas comarcas del N. estuvieron hasta fines del siglo x envueltas en una lucha angustiosa por su independencia frente al floreciente califato de Córdoba.

La lengua española nació, pues, en un medio rudo, no tan adverso como el que tuvo, por ejemplo, la rumana, pero, sin duda, en condiciones más desfavorables que las que tuvieron sus grandes hermanas el francés y el italiano. Añádase a esto, sobre todo, el espíritu democrático fuertemente arraigado en Castilla, hijo de esas mismas condiciones sociales y políticas que el carácter originario de la región y sus continuas luchas contra los moros trajeron consigo, y se explicará bien que la lengua castellana, aun después de siglos de cultivo, muestre gran despego por el atilamiento gramatical, gran abandono sintáctico, aun en sus principales monumentos de la edad de oro, desde el *Lazarillo* al *Quijote*; en suma, una tendencia a la expresión más espontánea y popular, visible en muchos de los grandes autores.



Y dentro de esta misma tendencia, fijándonos en los caracteres literarios, señalaré, en primer lugar, como un distintivo de la poesía española, la preferencia por las formas de verso menos artificiosas.

La epopeya en España, como en Francia, nace revestida de una versificación en extremo sencilla; su rima es pobre, es el simple asonante, y la variedad de éste es mínima, pues no se combinan diversas clases de ellos, sino que un mismo asonante

se prolonga a través de muchos versos seguidos. La diferencia entre ambas epopeyas está en que mientras la francesa procuró salir pronto de esa sencillez, trocando el asonante por la rima perfecta, las gestas españolas continuaron siempre usando la forma primitiva.

Y es que la inartificial asonancia responde muy bien al carácter de la literatura hispánica, y por eso, no sólo se conservó en la epopeya, sino que se introdujo después en otros géneros que primitivamente no la usaban. Tal sucede en varias manifestaciones líricas: la serranilla se despojó de sus estrofas consonantadas, para revestir la asonancia monorríma (1), y la copla, que modernamente florece como forma casi única de nuestra lírica popular, representa el triunfo, muy reciente, de un par de asonantes sobre más complejas combinaciones métricas antiguas. Más eminente es aún el caso de la canción épico-lírica: sus poemitas se cantan en francés, en provenzal y en italiano, ora en pareados, ora en tercetos, ora en otras varias combinaciones estróficas, y ora también, es verdad, en asonancias monorrímas; pero éstas se hallan, por lo general, en gran minoría respecto a los otros metros más complicados; muy al contrario, en España los monorrímos asonantados, o bien constituyen una inmensa mayoría, como sucede en Cataluña, o bien son casi la única forma empleada, como en Castilla y Portugal, donde en la simbólica palabra *romance* se han confundido las dos nociones de poema épico-lírico y de metro monorrímo asonantado. Y el prestigio de este metro fué tan grande, que en los siglos de oro de nuestra literatura se propagó a buena parte de la poesía lírica culta, y aun más, cuando el teatro se constituyó en su forma definitiva como un arte nacional, el metro de romance invadió también la escena, desalojando a varias combinaciones estróficas del teatro primitivo para hacerse el metro más usual. Y al decir esto queremos hacer

(1) Me refiero al ejemplo único (pero precioso dada la escasez de datos), de la «Serranilla de la Zarzuela», que publiqué en los *Studi Medievali*, Torino, 1905.

notar, aunque sea de pasada, la gran diferencia entre el teatro español con su metro de giro enteramente popular y el teatro francés con su docto alejandrino.

La medida silábica de los versos se presta a consideraciones aún más claras que el asonante. El manuscrito del *Poema del Cid* nos ofrece versos de una medida constantemente irregular que oscila entre diez o veinte sílabas, y muchos críticos no quieren ver en esto sino el resultado de la inhabilidad y estupidez de los copistas. Alguno declara que a un poeta como el de *Mío Cid*, que conoce las más altas leyes de la composición poética, y sabe hallar 4.000 asonantes, no se le puede negar la facultad de medir bien los versos (1), argumento que podíamos aplicar a Rubén Darío para asegurar que sus versos, desiguales en sílabas y en acentos, eran mera corrupción debida a los cajistas de la imprenta. Otro erudito rechaza por incomprendible el verso amétrico, por no hallar, lo usado en otros países (2); como si cada literatura no tuviese su carácter, y éste no se manifestase en ciertas peculiaridades que faltan en las otras literaturas; en la española se da el verso amétrico, sin duda como un venerable arcaísmo sobreviviente de la época de orígenes de la métrica románica, cosa muy natural, que encaja perfectamente dentro de la tendencia a formas inartificiosas que venimos señalando cual peculiar de la literatura hispánica. Otro muy docto crítico, en fin, no comprende bien por qué motivo los juglares castellanos rehusarían imitar la música y metro regular de las epopeyas francesas (3); como si la imitación fuese necesaria, y como si, aun imitando una poesía francesa, aquel debate entre la amiga del clérigo y la del caballero, titulado *Elena y María*, no llegase a convertir los pareados enneasílabos franceses en pareados de medida irregular.

El hecho a que acabamos de aludir es

(1) Cornu: Véase *Cantar de Mío Cid*, p. 82.

(2) H. R. Lang, en la *Romanic Review*, V, 1914, páginas 17-18, etc. Cf. *Rev. Filol. Esp.*, III, 1916, p. 338 siguientes.

(3) F. Hanssen. Véase *Cantar de Mío Cid*, p. 1174₁₅.

muy sugestivo. Todas las formas francesas, anglonormandas e italianas que se conocen del debate del clérigo y el caballero tienen entre sí estrechísimo parentesco, mientras que la composición española, aunque derivada de una francesa, contiene buena cantidad de elementos irreductible, que la mantienen aparte de los grupos extranjeros: en Francia, en Inglaterra, en Italia, ese tema poético aparece, por el pulimento de su estilo y de sus ficciones, como obra de poetas más o menos eruditos, destinada al solaz de las clases elevadas; en España, al contrario, se muestra francamente popular, como obra de juglares que la destinan al regocijo de la masa común del pueblo (1). A un fondo poético popular, en oposición al de las otras literaturas, corresponde muy bien una forma inartificiosa, un verso amétrico, en oposición al de los otros poemas hermanos.

Insistamos, pues, en que *Elena y María* nos indica que los juglares leoneses (pues al reino de León pertenece este poema del siglo XIII) escribían pareados amétricos, aun cuando se hallaban bajo la influencia del pareado enneasílabo francés; y éste no es un caso en modo alguno único. Los juglares aragoneses coetáneos usaban un pareado amétrico semejante, imitando, o no, el enneasílabo ultrapirenaico, al escribir la *Razón de Amor*, la *Vida de Santa María Egipcíaca* o los *Tres Reyes de Oriente*, y podemos creer que esos pareados, dentro de la poesía lírica, eran ya muy populares en Castilla en la primera mitad del siglo XIII, cuando Berceo escribía su *Cántica de Velador*, también amétrica. El verso amétrico tuvo tal boga, que llegó a contaminar formas poéticas enteramente doctas y propias de los clérigos, como la cuaderna vía, siendo curioso observar que mientras esta estrofa se mantuvo pura, dentro de la regularidad con que la manejaban el riojano Berceo o el leonés Juan Lorenzo Segura, no tomó todo su brillo, pero llegó a una altura verdaderamente genial cuando un castellano, el Arcipreste de Hita, se irguió rebelde para

(1) Véase *Rev. de Filol. Esp.*, I, 1914, p. 77 y 96.

desacatar la estricta medida que entre los eruditos entumecía esa forma poética.

Y volviendo a la obra de arte superior que antes citamos, al *Poema del Cid*, la duda respecto a la irregularidad de su metro es hoy ya insostenible dentro de toda crítica sensata, especialmente después del reciente descubrimiento del poema de *Roncesvalles*. Los cuatro manuscritos de poemas épicos conservados, procedentes los tres de Castilla y el otro de Navarra, están admirablemente concordantes en ofrecernos el verso amétrico (1). Es preciso concluir que el verso amétrico no es una deformación debida a inhábiles copistas, sino que fué la forma popular normal empleada por los juglares españoles; es preciso reconocer, además, que si esto es un hecho excepcional, no es un hecho enteramente aislado, pues otras poesías populares ofrecen buenas muestras de verso irregular, por ejemplo, la canción épico-lírica piamontesa (2); y, por otro lado, vemos hoy que novísimas corrientes de técnica literaria muy refinada coinciden en parte con el pensamiento de aquellos antiguos juglares que no quisieron coartar el libre desenvolvimiento de su inspiración con una regularidad de forma y de detalle que pudiera oponerse a la más ingenua y honda impresión del conjunto. En suma, la versificación amétrica de la poesía medieval española es ciertamente ruda, excepción en la poesía románica, pero no es una excepción sin analogías en el arte popular y culto de otros países y de otras épocas, ni tampoco es una excepción incomprensible, sino que responde fielmente a la tendencia extremadamente popular que vamos señalando como característica de la literatura española.

* *

Este popularismo resaltaré también si examinamos algunos aspectos del modo como la obra de un autor se trasmite al

(1) Véase *Rev. de Filol. Esp.*, IV, 1917, p. 123 sig.

(2) Es curioso que Nigra, cuando no acierta a fijar el metro de una canción, nunca llega a decir que es amétrica. Aunque se suponga que el estado amétrico procede de otro métrico, no por eso es menos cierta la ametría.

público coetáneo y a la posteridad. La Filología se viene fijando en este proceso de la trasmisión de una obra, como una orientación necesaria para poder restaurar el texto en su estado original; pero a nosotros ahora nos puede interesar el proceso en sí mismo, como significativo del carácter de la obra.

Llama nuestra atención, desde luego, el escaso sentido de la paternidad literaria que se manifiesta en la trasmisión de multitud de obras, hijas, sin duda, de un arte cultísimo y cortesano, pero que, no obstante, se parecen en esto a las obras de arte espontáneo y popular. Nos admira cuán a menudo el autor culto no produce su obra como una arrogante afirmación de personalidad; no pretende elevarse sobre el público encomendándose a su admiración, sino que realiza su esfuerzo intelectual para bien propio y de los demás, sin que la fama le preocupe lo más mínimo. Así, en la Edad Media, todas las numerosas y grandes crónicas nacionales son obra colectiva y anónima, como los grandes monumentos arquitectónicos coetáneos alzados por el esfuerzo de todo un pueblo; seguramente que tal cantidad de anónimo no se hallará en las producciones análogas de la historiografía de otros países. Muy revelador es también el hecho de que en plena exaltación renacentista de la personalidad, obras como *La Celestina* y *El Lazarillo* salieran al público envueltas en el velo del anónimo: son concepciones capitales de un arte acendrado; rebosan, cada una por su estilo, una originalidad creadora, que marca rumbos nuevos a la literatura, y, sin embargo, el autor se anonada humildemente en la belleza de su obra, lleno de hermoso sentimiento de magnanimidad. En la historia de nuestro teatro clásico se ofrecen con abundancia extraños fenómenos de esta clase. Una creación dramática tan singular, tan descollante, como *El condenado por desconfiado*, es de paternidad dudosa, discutiéndose aún su atribución a Tirso; ¿se concibe una semejante incertidumbre respecto a las grandes obras de los dramaturgos franceses? Muchas comedias españolas de los siglos

de oro se publican anónimas, o firmadas por «Un ingenio de esta corte»; otras muchas aparecen bajo un nombre usurpado, y a menudo los grandes autores de entonces repudian las comedias que les atribuyen, y reclaman las que les hurtaron; en fin, de un modo u otro observamos fenómenos de anonimía semejantes a los que dominan en la poesía popular. Entre éstos no olvidemos el hecho muy análogo de la colaboración: a menudo tres autores de nota se reúnen para escribir los tres actos de una comedia; la obra dramática toma así un carácter colectivo desde su primera concepción.

Y si hallamos embotado el sentimiento de la personalidad de autor, no podemos esperar que el texto de la obra se mantenga fielmente como patrimonio intangible de tal autor. Éste llega en España a aborrecer esa fidelidad. El más genial poeta castellano de la Edad Media, el Arcipreste de Hita, muy lejos de ambicionar un admirativo respeto para su obra, desea que, como pelota jugada por doncellas, la coja quien pueda, y cualquiera que sepa trobar, enmiende y añada en ella lo que le venga en gana. Cuando la transmisión de una obra al público es medianamente esmerada, se realiza por medio de escribas o de editores, que si alteran el texto que transmiten, es sólo por descuido; el público, con su interés, no interviene sino para salvar o condenar la obra que recibe; no puede llegar a influirla, se limita a acatarla como un hecho consumado. Pero cuando la obra individual surge unida con el carácter del arte popular, al transmitirse al público, se entrega a él, y su belleza no es inmutable, como esculpida en mármol, sino que vive y siente las palpitaciones de quien la admira: he aquí el anónimo libro de *Amadis*; he aquí el señor Infante D. Alfonso de Portugal, que lo lee con honda emoción y que, habiendo piedad de la hermosa doncella Briolania cuando es desdeñada por el héroe, manda alterar el texto primitivo (1).

(1) *Amadis de Gaula*, I, 40 y 42, donde se revelan diversas redacciones a que había sido sometido el texto primitivo.

El público entero toma un interés activo en la obra que le recrea; cada lector la siente tan en armonía con su propio gusto y su pensar, que no vacilará en rechazar como una equivocación cuanto le disuena, sintiéndose coautor de la obra y dueño de corregirla. Por esto pueden producirse multitud de variantes en la transmisión escrita de una obra, como se producen infinitas versiones en la multiforme transmisión oral de una canción popular. Así, el público toma cierta parte en la creación individual, y la transmisión reviste caracteres sociales, pues significa la aceptación y asimilación de la obra literaria por el pueblo.

Este fenómeno ocurre en todas las manifestaciones populares de cualquier literatura, especialmente en la Edad Media; pero hay que señalar su abundancia en la literatura española y su presencia en la transmisión de las más cultas y elevadas producciones del arte español.

La bibliografía de las crónicas nacionales de otros países no tropieza con las complicaciones inextricables que se observan en nuestras crónicas; cada manuscrito de *Crónica general de España* es un individuo aparte, que introduce grandes variantes en el original que traslada, o lo somete a una completa refundición. Necesitaremos un fino sentido de orientación para atravesar esta selva confusa y de enmarañada fronda, llena de sombras y de claridades misteriosas; cuando, después de un gran esfuerzo de atención indagadora, creamos estar en presencia del texto más antiguo de todos—el que en su primera mitad lleva un nombre de autor ilustre, como el de Alfonso el Sabio—, al contemplarlo ávidamente, ese texto se desvanecerá a nuestra vista y no quedará con más existencia que la de un momento fugaz e inasequible, la de un borrador efímero y perdido, del cual proceden variedades y refundiciones incalculables en número.

Pero aun más chocante es el hecho de que *La Celestina*, una obra de arte de poderosa personalidad, nos hiere, sin embargo, con vislumbres vivísimos de obra colectiva, ofreciendo a nuestro examen un completo enigma de composición y de tras-

misión. Al comienzo de la obra se afirma que el primer acto es de autor distinto que los 15 siguientes, y aunque comúnmente se desprecia este aserto, yo no hallo motivo para suponerlo una ficción sin alcance ni sentido; después, sabido es que la famosa tragicomedia fué retocada diversas veces y añadida en varios actos más.

Por otra parte, un escritor como Fray Luis de León — que pesaba al escrúpulo cada palabra empleada, queriendo poner en ella la mayor expresión y armonía posibles —, después de esmerar el trabajo en componer y corregir sus poesías, lejos de sentir por ellas el orgullo de autor, lejos de desear ser señalado «del vano dedo», se muestra perezoso en darles forma definitiva por medio de la imprenta, y deja que el público se adueñe de ellas en multiformes copias manuscritas, donde se revelan diversas redacciones del autor y diversas variantes de los transmisores. Así también, en esta obra de arte exquisito, la transmisión se complica, asemejándose a la de la poesía popular, y el texto original esquiva la avidez de nuestra mirada, desvaneciéndose en cambiantes reflejos, llenos de interés poético (1).

Y claro que no es sólo Fray Luis. Una gran porción de la lírica española del siglo XVI, a pesar de ser arte cortesano y atildado, nos aparece en los cancioneros y cartapacios de la época, envuelta en los torbellinos de la anonimidad o de la incertidumbre de variantes que tras sí arrastra la descuidada transmisión popular. El mismo fenómeno, atenuado, claro es, por las condiciones modernas de vida, podíamos señalar en las obras de insignes autores de ayer mismo.

El teatro por sí solo nos ofrecería los mejores ejemplos de esta transmisión, con caracteres de popular; nos bastará el caso de Lope de Vega. El gran poeta no se preocupó de imprimir sus comedias hasta que vió publicados ocho tomos de ellas, de las que se habían apoderado los impresores como de bienes comunales; y en realidad lo

eran, pues cualquiera se había podido atrever a poner en ellas de propia minerva lo que mejor le hubiera parecido. Unos representantes hurtaban a los otros las comedias codiciadas, destrozándolas y recomponiéndolas a su modo, y el autor, al recibir impresas las obras que así habían rodado por el mundo, veía con pena «a seis renglones suyos, ciento ajenos» (1).

¿Y quién podría sospechar que, tratándose de los tres actos de una comedia, se daba también una transmisión oral, lo mismo que si fuesen una breve balada popular? Pues el propio Lope de Vega recordaba con terror el momento en que entre el público del teatro veía deslizarse uno de aquellos hombres de monstruosa retentiva, por el estilo de dos apodados el Memorilla y el Gran Memoria; éstos aprendían, o creían aprender, la obra de labios de los representantes, y luego la trasladaban con disparates enormes, capaces de quitar la honra y la opinión al mayor ingenio del mundo; y tan arraigada en el popularismo del teatro estaba esta costumbre, que resultaban inútiles las medidas que se tomaban para acabar con tales hombres, «que vivían se sustentaban y vestían de hurtar a los autores las comedias» (2).

Pero en la transmisión popular no es sólo la falta de memoria y la ignorancia lo que origina las variantes extrañas al autor: es también, como ya dijimos, el fermentar de la fantasía producido en quien contempla la obra poética, recreándose en ella y a la vez recreándola, rehaciéndola, a impulsos de su emoción actual; es también, y principalmente, la necesidad de reacomodar la

(1) *Comedias de Lope de Vega*, parte IX, Madrid, 1617, prólogo; y *Epístola al contador Gaspar de Barrionuevo*, en la *Bibl. de Aut. Esp.*, t. XXXVIII, p. 427. El descuido de Lope se manifiesta en el hecho de que, sin guardar una copia de sus comedias, entregaba el original a los representantes (prólogo de la parte XVIII) o al duque de Sesa, a cuyos criados trataban de sobornar los libreros para publicarlas (*Obras de Lope de la Acad.*, t. I, pág. 280-281). Sería muy útil en resultados un estudio especial de la transmisión de las obras de Lope.

(2) Véase *Comedias de Lope de Vega*, parte XIII, Madrid, 1620. Prólogo del volumen, y dedicatoria de *La Arcadia* al Licenciado Gregorio López Madera. (La dedicatoria de *La Arcadia* puede verse también en las *Obras de Lope*, de la Academia, t. V, p. 708).

(1) Véase el importante estudio de F. de Onís en la *Rev. de Filol. Esp.*, II, 1915, p. 217 y siguientes.

obra, ya anticuada, dentro de los nuevos gustos del público. La obra popular no se propaga a través de los siglos, sino a costa de transformaciones sucesivas; así vivieron durante toda la Edad Media los poemas heroicos de varias literaturas y las crónicas nacionales españolas; así vivieron en nuestro teatro muchas comedias, gracias a frecuentes refundiciones. Lope de Vega creo que, a pesar de su pródiga inventiva, refundió obras de sus precursores; las comedias de Lope, a su vez, sabido es que fueron refundidas por muchos, y no sólo por poetastros, como Claramonte; sabido es también que dos de las mejores obras de Calderón, *El médico de su honra* y *El Alcalde de Zalamea*, son verdaderas refundiciones de obras de Lope. Hechos así no son insólitos en otras literaturas; pero en la vida del teatro español, la refundición tiene una importancia muy especial, aun no bien apreciada. El espíritu del popularismo que dió vida al teatro, sobrevive aun hoy, dando arraigo general a la costumbre — que, no mirada desde este punto de vista, es simplemente bárbara — de refundir las comedias de nuestros autores clásicos puestas hoy día en escena; no es que las obras de Lope, Tirso o Calderón estén más lejos del gusto moderno que las de Corneille y Racine; es sólo que nadie siente escrúpulos de profanar con su pluma las obras de los clásicos: son propiedad del pueblo en que nacieron, y cualquiera se puede atrever a ellas ahora, lo mismo que en vida de sus autores.

Fijándonos en el género esencialmente popular más importante, en la epopeya, es por todos reconocido que gracias a las refundiciones vivieron durante varias centurias la *Chanson de Roland*, la *Chanson de Guillaume*, el *Poema del Cid* y demás gestas heroicas. Pero dentro de este modo común de vivir tales poemas, parece natural que se produzca alguna diferencia entre las producciones francesas y las españolas. Si la epopeya española es más popular según nos lo indica desde luego su forma métrica, podemos esperar que su mayor popularismo determine en ella una mayor vitalidad en la refundición; y de he-

cho hallamos que la refundición española fué siempre más popular que la francesa. En Francia, la refundición se dirigió hacia formas de arte más desarrolladas, más técnicas y más ambiciosas, perdiéndose en enormes poemas que, aunque vacíos de inspiración, estaban mejor versificados que los antiguos, eran más difíciles de hacer, y por lo tanto, sólo podía colaborar en ellos una restringida casta de poetas, más eruditos que los del período verdaderamente nacional de la epopeya. Por el contrario, en España la refundición, lejos de ahuyentar con dificultades a los refundidores, conservó su vieja forma sencilla, propia para que colaborasen muchos poetas del pueblo; y así, los antiguos poemas, prolongando su vida popular, nada más natural que poco a poco abandonasen la amplia y compleja estructura de las gestas para abrazar la forma más humilde de la canción épico-lírica, esto es, la del romance. Recuérdese que otras formas de poesía más artificiosa que la de las gestas, como el *Debate* y la *Serranilla*, evolucionaron también en España hacia formas populares alejadas de sus hermanas de otras literaturas; y se comprenderá bien el hecho de que, cual último eslabón de la refundición ininterrumpida de las gestas, se produzcan los poemitas épico-líricos llamados romances, que no son sino meros fragmentos de las gestas, popularizados según en lugar oportuno mostraremos.

Cierto que contra esta demostración se levantan varias voces, y en especial la de un ilustre romanista, el más autorizado acaso para emitir una opinión en este delicado asunto: Pío Rajna objeta que no se sabe que ninguna otra epopeya se haya descompuesto en cantos épico-líricos, faltándole así el gran sufragio de la analogía a la explicación de los romances españoles como hijos de las gestas (1). Pero no hay para qué decir que hallándose tal explicación apoyada por el carácter popular de la literatura española, rechazamos esa

(1) *Romanic Review*, VI, 1913, p. 15 ss. Véase también lo que a propósito de esto digo en la *Rev. de Filol. Esp.*, III, p. 245.

objeción, de igual modo que las análogas que anteriormente hemos rechazado y después rechazaremos, con tanta más razón tratándose ahora de los orígenes de un género como el romancero, que tanto tiene de típicamente español. Y conviene, además, hacer la salvedad de que esto no significa que reconozcamos por nuestra parte que el paso de un poema extenso a una canción breve no se dé en otras literaturas, como sugiere Rajna; sino que aunque semejante paso fuese insólito en otros pueblos, no admitiríamos esto cual un argumento que pudiese ser opuesto válidamente, contra la palmaria demostración de que los romances españoles se deriven directamente de las gestas, cuando tratan igual asunto que el de un episodio de ellas y cuando lo desarrollan bajo iguales formas y, por lo general, con iguales o muy semejantes vocablos, asonantes y versos. Nótese también, a este propósito, que la tendencia a la trasmisión fragmentaria es conocida en varias obras entregadas al interés popular. Así vemos divulgarse trozos de grandes crónicas, constituyendo individuos aparte, como la *Crónica del Cid*, la de *Fernán González*, la de *San Fernando*, la de *Once reyes*, segregadas de alguna Crónica General sin tan siquiera igualar los dentellones que las unían al cuerpo principal del edificio; así vemos también segregados de las Comedias Famosas algunos trozos que se difundían en humildes *Relaciones* o pliegos de cordel. Nada más natural que las gestas que por su gran extensión solían recitarse fragmentariamente, lo mismo en Francia que en España, propagasen entre el pueblo español tan sólo ciertos fragmentos muy gustados por el público, los cuales son los más viejos romances.

(Continuará.)

INSTITUCION

IN MEMORIAM

ANIVERSARIO

D. FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS

Con recatada e íntima emoción hemos descubierto hoy esta fecha, al caer del calendario la hoja del día 17, la triste víspera...

¡Hace ya cuatro años que D. Francisco se fué de entre nosotros! ¡Cuatro años de larga soledad! La habitación aquella ¡tan austera, tan sobria, en que dormía, está hace ya muchos días, sola, como esperando! ¿a quien? si él no ha de volver, no...

Mucho se ha hablado y se ha escrito ya acerca de la persona y la obra de D. Francisco.

¡Pero aún queda tanto que decir de él!

Porque D. Francisco debiera ser para los poetas tema lírico de perenne poesía, y para los hombres de ciencia, un rico manantial, fluyendo siempre...

¿Lo es, en realidad? Para los hombres de ciencia, seguramente, sí. Pero para los poetas, no; porque, con excepción de aquella límpida poesía de Antonio Machado, digna de ser sentida por todos los buenos españoles, poco se ha escrito en voces consonantes o asonantes sobre él.

Diríjese el poeta al pueblo, en general, por la amplia vía del sentimiento y la emoción.

¿Es que nuestros vates juzgan poco emocionante, falta de facetas sentimentales, la figura del maestro?

No lo sabemos a ciencia cierta. Pero lo cierto es que los líricos contemporáneos, con exceso subjetivistas, cuidan, tan sólo, de rimar sus más triviales y menos consistentes impresiones, no pulsando su lira, ni una vez siquiera, en canto de loa y exaltación de los grandes e inmarcesibles hombres.

Esas impresiones tuyas, tan íntimas, tan personales, que, más que ser escritas y voceadas, debieran ser guardadas en el

fondo del corazón, con pudoroso recato, muy pocas veces interesan a la muchedumbre desconocida, para la que tenemos la obligación de escribir...

Y, en cambio, al pueblo le place la emoción delicada y sutil que, al escuchar el panegirico de aquellos que le hicieron bien y le amaron, siente.

Dolámonos de ese indiferentismo en que nuestros poetas se hallan sumidos (la postura indiferente de múltiples españoles ante todos los problemas hondos y trascendentales), que no en balde el poeta surge, en la mayoría de los casos, del pueblo, y aunque sin otra gran condición que nuestra voluntad y nuestro respeto a D. Francisco, hablemos de él, hoy, cuando los hombres conscientes lloran, por cuarta vez, el día de su muerte...

* *

El pueblo es niño, se repite con suma frecuencia. Ello es cierto, nadie lo discute, ni lo duda. Y como a los rapaces, cuando alguna ciencia se les quiere enseñar, se les dan sólo los rudimentos de la misma, así al pueblo no pueden facilitársele sino unas pocas ideas, un pequeño haz de sentimientos, acerca de la cosa que se le quiere hacer comprender.

No le hablemos, pues, al intentar acercarle a D. Francisco, ni de la obra pedagógica (en cuanto la Pedagogía es ciencia), ni de la concepción del Derecho (tomando el Derecho en su acepción científica), de éste.

Procuremos hallar en la persona de don Francisco, y aun en su obra pedagógica y de interpretación del Derecho, facetas tan impregnadas de emoción, que, con sólo tocarlas levemente y hacerlas llegar al hombre sin cultura por la vía cordial, den, a grandes trazos, clara idea, noción exacta, de lo que D. Francisco Giner fué, de lo que su obra representa y de la influencia de su doctrina en el pensar y el «obrar» (sobre todo el obrar) de muchas generaciones de españoles cultos.

Empresa es esta de suma importancia. Nosotros no osamos, siquiera acometerla

de manera plena, completa, total. Quere-mos, tan sólo, de momento, decir unas pocas palabras sobre D. Francisco a los hombres de esta España, pobre y miserable, cada día más desesperanzada y sin alientos...

* *

Una de las pocas cosas que interesan, aún, mejor diré, que emocionan, a este pueblo hispano, es el niño.

La indocta masa popular—que anhela dejar de ser inculta—siente una delicada pasión por el niño. Bien que este cariño es cosa, tan sólo, de sentimiento contemplativo y no la mueve a hacer nada positivo por aquél.

Pero hay que hacer sentir al pueblo, antes de hacerle pensar. O por lo menos, hay que hacerle pensar, sintiendo.

El pueblo sano de esta España desventurada está actualmente en admirable disposición para recoger la semilla que, con mano pródiga, se derrama en su corazón: semilla de sanas ideas pedagógicas.

Gana cada día más adeptos, entre la plebe, la idea liberal de que todos los ciudadanos deben, tienen derecho a recibir una instrucción y una educación fundamental, idéntica.

¿Cómo ha de ser esta enseñanza que en un mañana de justicia y equidad se habrá de proporcionar a todos los hombres?

Hablémosle a la masa de D. Francisco; digámosle que él fué uno de los penetrantes espíritus españoles que, primeramente, se dieron cuenta, en nuestros lares, de la necesidad de una común cultura y general educación, y hagámosle saber que el sistema educativo que él preconizó y propagó desde la cátedra y el libro es el más racional y europeo de todos los sistemas pedagógicos.

Educación, ante todo y sobre todo. Hombres conscientes, sabedores de sus deberes sociales y de sus derechos ciudadanos; hombres preparados para cualquiera superior empresa; hombres puros, rectos, equilibrados; hombres que estén de acuerdo consigo mismos, que hagan lo que predicán y no contradigan su doctrina con los he-

chos de su vida... Eso es lo que D. Francisco anhelaba para España. En formar una legión de hombres así radica la resolución del problema español, que está, por su misma importancia, sobre todo otro problema.

Problema español, que es problema de educación y de justicia, que es problema de escuela y dispensa, como ya dijo Costa.

* * *

D. Francisco amó también, sobremanera el campo, la naturaleza toda: El niño y el escueto Guadarrama fueron sus dos grandes pasiones.

D. Francisco fué quien, en la tierra hispánica, nos hizo amar y comprender la naturaleza, y nos mostró el compromiso que todos hemos contraído, al nacer, con nosotros mismos, de velar por nuestro organismo físico.

Un espiritualismo negativo que pesaba sobre muchas generaciones como pesada losa, hacía de nuestra juventud, algo enteco, triste, agostado y caduco.

D. Francisco nos enseñó a reír, nos enseñó a estar contentos, porque nos enseñó a ser justos con nosotros mismos.

Y la juventud, falsamente espiritualista, que semejaba vivir, en esta vida, con esa precipitación propia de una breve parada, en una estación de tránsito, se acostumbró a respetar su cuerpo y a colocar la reverencia al espíritu en un nivel no superior al culto rendido al vigor físico.

Esto se lo debemos, en gran parte, a D. Francisco.

* * *

No queremos extendernos en prolijos pormenores, que harían este artículo excesivamente extenso, y tal vez inoportuno, por su largueza en palabras, hoy, que se requieren, propiamente tan sólo, unas pocas palabras de emoción.

Nunca estuvieron en contradicción sus ideas y sus propósitos con sus actos y sus acciones...

Se diría que la labor principal de su vida

no es otra que la de atemperar el obrar a los principios ideales. Le vemos siempre inquieto a D. Francisco, como buscando bajo las malezas, el único y recto camino de perfección.

Su vida fué una obra de arte..., es decir, su vida fué algo así como un libro en el que, a lo largo de los días, escribió un conjunto ponderado y armónico de reglas para realizar la «ciencia del Derecho». Podemos afirmar que, para cada problema, la fina percepción y el recto juicio de don Francisco hallaron siempre una equitativa e irrefutable solución...

Si fuéramos católicos, diríamos que don Francisco estuvo lleno de gracia; gracia en el sentido de pureza y perfección...

* * *

Quizá muchos sectarios, muchos de los hombres de «enfrente», si es que para esto puede haberlos, se extrañen de esta veneración, de este respeto, que quienes conocimos a D. Francisco, o hemos procurado penetrar en el fondo interno de su obra, sentimos hacia él.

No debe extrañarles. En España, donde tantos y tantos varones se erigen en definidores dogmáticos; en España, donde cada «grupito» tiene su «programa», sin ningún punto de coincidencia con el del «adversario»; en España, donde ni los definidores dogmáticos, ni los que hacen programas—como se pueden hacer muebles—procuran atemperar su vida a sus ideas, ni realizar, siquiera en principio, aquello que concibieron, no debe parecer extraordinario que, todos los que sabemos de él, adoremos y veneremos a aquel que supo hacer de su vida una obra de arte, un fino vaso de oro cada día más pulido, y dejar tras de sí una dorada estela de bondad, de sacrificio y de grandeza.—(*El Progreso*. Barcelona, 18 de febrero de 1919.)

LIBROS RECIBIDOS

Araujo (Roberto).—*Las curvas W.*—Madrid, 1919.—Don. de la Junta para Ampliación de Estudios.

Imp. de Julio Cosano, suc. de Ricardo F. de Rojas. Torija, 5.—Teléfono M 316.